

LA POBLACIÓN

PABLO ZUBIAURRE^(*)

INVESTIGACIÓN EN ARCHIVOS

Prof. Gabriela Justus

Prof. Ana Escobar



() Profesor en Historia. Trabaja en los I.S.F.D. N° 87 y 170, en la Escuela de Educación Media N° 1 de Ayacucho, y en el Museo Histórico de Balcarce. Ha publicado varios trabajos sobre historia regional y dirigió el Museo Histórico Regional de Ayacucho.*

1. El poblamiento inicial

Las Fuentes

Los primeros tiempos de la ocupación criolla en las tierras del actual Partido de Ayacucho, desde 1820 hasta 1870 aproximadamente, constituyen el marco temporal de este inicio al que hemos denominado “El poblamiento inicial”. Es nuestra intención avanzar en estas páginas sobre las características de dicho proceso poblador.

La investigación de tal proceso, presenta una serie de dificultades por la carencia de fuentes sobre el tema y la inexistencia de estudios anteriores.

Por una parte, la ausencia de un Estado organizado a nivel nacional llevará a que el primer Censo Nacional de Población se realice en 1869, bajo la presidencia de Domingo Faustino Sarmiento. Con anterioridad a esa fecha, no existen relevamientos generales de población.

El Estado Provincial realiza Registros Estadísticos anteriores, como el dirigido por Justo Maeso¹, de 1855, que se repetirá en años posteriores. Sin embargo, el primer Censo Provincial se lleva a cabo recién en 1881. Hay también Censos localizados, como los de la Fortaleza de la Independencia, pero siempre se choca con los mismos problemas: o la información es parcial y acotada, o la inexistencia de las posteriores divisiones administrativas (Partidos) hace que los datos sean demasiado generales y resulte imposible establecer la situación en un lugar determinado.

Las divisiones administrativas anteriores a 1865 resultan de mayores dimensiones e incluyen amplias zonas que abarcan varios de los posteriores Partidos, fundamentalmente en esta zona al sur del Río Salado. En la década de 1820-1830 se dividió la región en sólo tres secciones: Independencia, Lobería y Dolores².

¹ Maeso, Justo, (Dir.) Registro estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, 1855.

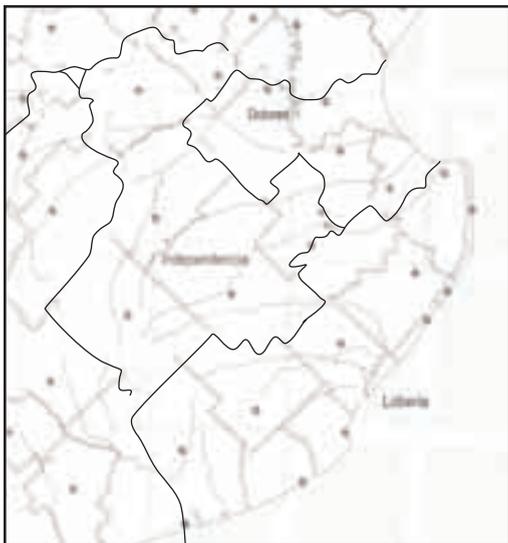
² En 1810 la Provincia contaba con 19 partidos, todos al norte del Río Salado: San Nicolás, San Pedro, Baradero, Areco arriba, Arrecifes, Pergamino, Las Conchas, San Isidro, Morón, Matanza, Lobos, San Vicente, Magdalena, Quilmes, Chascomús, Areco, Pilar, Cañada de la Cruz y Navarro.

Dos de ellas contaron desde que fueron creadas con un centro poblado (Dolores y Tandil), raras excepciones en un mundo casi absolutamente rural.

En 1833 se perfilan nuevos Partidos mientras avanza la Línea de Fronteras. Así surgen Azul, Tandil, 25 de Mayo, Patagones y Bahía Blanca, todos los cuales asientan su cabecera en instalaciones militares. El 12 de diciembre de 1839, un Decreto determinaba una primera fragmentación, atendiendo a la inmensidad de los territorios que abarcaban las secciones y la imposibilidad de las autoridades de ejercer un adecuado control sobre los mismos. Ayacucho queda incluido por partes en los de Independencia, Monsalvo y Vecino. Este decreto incluye tierras desde el Río Salado hasta el Río Quequén Grande y al exterior de las Sierras de Tandil y Tapalqué.

Con él nacieron los Partidos de Ajó, Tuyú, Mar Chiquita, Lobería, Vecino, Chapaleofú, Tordillo, Pila, Dolores, Las Flores, Tapalqué y Saladillo.

Fue recién en 1865 que una nueva Ley fragmenta los Partidos y nacen, entre otros, los de Ayacucho y Arenales. El territorio bonaerense al sur del río Salado queda dividido en 27 Partidos. Creados poco antes de la concreción del Primer Censo Nacional de 1869, los datos que aporta este primer relevamiento nos brindarán una fotografía bastante detallada de la población del territorio que hoy posee el Partido de Ayacucho sobre el fin del período planteado.



Antigua división administrativa de la provincia de Buenos Aires al Sur del Río Salado (década 1820-1830). Se han marcado los actuales partidos en su interior para que sirvan de referencia.





Plano de la división administrativa de la provincia de Buenos Aires al exterior del Río Salado de acuerdo a la Ley Provincial de 1865.

Algunos de estos partidos se fusionaron, como el caso de Ayacucho y Arenales, otros nacieron de la división de algunos de éstos, como General Pueyrredón o General Alvarado del Partido de Balcarce, y otros cambiaron de nombre como Monsalvo que se denominó Maipú algunos años más tarde.

Plano Dirección General de Geodesia. Provincia de Buenos Aires.

Las dificultades son aún mayores por la carencia de una Parroquia hasta 1867, ya que éstas eran las encargadas de relevar los únicos datos de población que en general se poseen, producto de las actas de bautismo, matrimonio y defunción. La gente que por aquí vivía tenía como alternativa hasta entonces, concurrir a parroquias cercanas como la de Tandil³, a partir de 1855, o Dolores, desde esa misma década⁴; claro está que la posibilidad no involucraba a toda la población sino sólo a aquellos de mejor posición social, o a quienes por la ubicación geográfica de su vivienda tenían cercanía con el pueblo mencionado. De tal manera, la fuente nos servirá de manera fragmentaria para este primer período.

Creemos, sin embargo, que las actas de defunción son documentos de gran valor pues hacen referencia a la población que vivió aquí desde tiempo antes, y ello nos permite elaborar algunas hipótesis sobre las condiciones de vida por entonces.

Las mensuras realizadas por los agrimensores para determinar los límites de las posesiones, suelen ser también documentos de mucha importancia pues, dependiendo del agrimensor y el contratante, dichas mensuras pueden contener valiosos datos acerca de la gente que habita en cada una de ellas. No son datos completos, pero planteada la situación, aportan al propósito general.

Desde otros documentos todavía más fragmentarios recibimos aportes puntuales; censos económicos, registro de marcas y señales, listado de contribuyentes y documentos familiares son generadores de datos que utilizamos para nuestro objetivo final.

Planteadas las dificultades, intentaremos aportar luz sobre la gente que pobló la zona, de la que tan poco se sabe. Iniciaremos la descripción retrocediendo en el tiempo para conjeturar desde algunas certezas sobre el proceso inicial de poblamiento, para terminar con la descripción concreta que nos permite el Censo de 1869.

³ Gorraíz Beloqui, R., *Tandil a través de un siglo*. Buenos Aires, Matera, 1958.

⁴ Selva, J.B., *El templo de Nuestra Señora de los Dolores*, en: A.A.V.V., *Dolores. Primer pueblo patrio*. Buenos Aires, Manrique Zago, 2007. Pág.72.



Características del proceso poblador

Breve descripción de la expansión de la frontera ganadera

La ciudad de Buenos Aires cambió su rol con la Revolución de Mayo; lo que hasta entonces era un puerto por el que pasaba la plata altoperuana e ingresaban los productos provenientes de Europa, enriqueciendo a sus comerciantes, se convirtió en una región en sí, con una fisonomía muy diferente. “[...] Con la pérdida del Alto Perú y las luchas civiles que siguieron a la Revolución de Mayo, todo ese floreciente sistema comercial se derrumbó, y la destrucción de la economía pecuaria de Santa Fe, Entre Ríos y la Banda Oriental –las áreas más dinámicas del final de la colonia- dejó únicamente a la Provincia de Buenos Aires con su capital ganadero casi intacto. La ciudad debió entonces volverse hacia sus inmediaciones para encontrar los recursos económicos que le permitieran progresar, y desde entonces los productos del campo, y especialmente los cueros vacunos, compondrían la mayor parte de las exportaciones⁵.”

En este objetivo, la primera limitación era la reducida extensión de territorio de la provincia que se hallaba bajo el control efectivo del Gobierno Provincial; sólo las inmediaciones de la ciudad y el norte cercano al Río Paraná ofrecían condiciones aceptables de seguridad para quien quisiera arriesgarse en la empresa ganadera. Hasta 1779 una línea de fortines unía Chascomús, Ranchos, Monte, Lobos, Navarro, Mercedes, Salto, Rojas y Melincué, ya en la Provincia de Santa Fe; es decir que la ocupación efectiva se hallaba ubicada bien al norte del Río Salado.

En los años posteriores a la revolución de 1810, se avanzó firmemente hacia el sur con la dificultosa fundación de Dolores y el Fortín San Martín, en Kakel Huinkul (actual Maipú), hasta que en 1823 se fundara la Fortaleza de la Independencia en donde hoy se encuentra Tandil. Años más tarde, las expediciones y fortines habían llegado hasta Bahía Blanca, sin que eso significara que el interior de dicha línea estuviera pacificado ni carente de peligro para los que se aventuraban a poblarlo. La expedición de Rosas de 1833 trajo algo más de seguridad a través de los acuerdos que se firmaron con algunos de los más importantes caciques, acuerdos que se rompieron en muchos casos con la caída del Restaurador; más allá de tal acontecimiento, la “pacificación total” no se

⁵ Barsky, Osvaldo y Djenderedjian, Julio, *Historia del capitalismo agrario pampeano*. Buenos Aires, UB-Siglo XXI, 2003. Pág. 82

de todas las profesiones abandonan su antiguo modo de vivir, y se dedican a este que les produce más, sin otra protección que la del cielo.”⁶

CUADRO I
Evolución de la Producción exportada 1832 - 1850

CUEROS VACUNOS

Año	Exportación	Prod. Interior	%	Prod. Buenos Aires	%
1832	923.017	301.521	32,67	621.496	67,33
1837	823.635	352.905	42,85	470.730	57,15
1844	1.786.351	506.560	26,08	1.435.737	73,92
1850	2.424.251	864.731	35,67	1.559.520	64,33

LANA

Año	Exportación	Prod. Interior	%	Prod. Buenos Aires	%
1832	11.858	8252	69,59	3606	30,41
1837	164.706	66.021	40,08	98.685	59,92
1842	124.696	66190	53,08	58.506	46,92
1850	651.261	113,729	17,46	537.532	82,54

TASAJO

Año	Exportación	Prod. Interior	%	Prod. Buenos Aires	%
1832	101.315	9.438	9,32	91.877	90,68
1837	178.877	88.611	49,54	90.266	50,46
1844	328.182	330	0,10	327.852	99,90
1850	390.731	59.648	15,27	331.083	84,73

Fuente: Rosal, Miguel y Schmit, Roberto, Las exportaciones pecuarias bonaerenses y el espacio mercantil rioplatense (1768-1854), en Fradkin, Raúl y Garavaglia, Juan Carlos, En busca de un tiempo perdido. Buenos Aires, Prometeo / 3010, 2004. Pág. 182-83.

En efecto, el crecimiento de la producción ganadera es asombroso, aunque es indispensable hacer referencia a que el mismo será progresivo, y no sincrónico en toda la provincia. En líneas generales se desplaza de norte a sur y de este a oeste, por lo cual la realidad que ve Roxas y Patrón en 1830 es aplicable a algunas regiones, y en otras habrá que esperar un tiempo para que sea una realidad. Sin embargo, para el período 1831-1850, el crecimiento de la economía ganadera de Buenos Aires puede percibirse fácilmente a través de las exportaciones, como así también su importancia relativa con respecto a la producción del interior del País.

⁶ Roxas y Patrón, José María. Memorando, 1830, en: Chiaramonte, José Carlos, Ciudades, provincias y Estados: Orígenes de la Nación Argentina.(1800-1846) Buenos Aires, Ariel, 1997. Pág. 576.

Analizando las cifras que nos proporciona el CUADRO I, y más allá de algunos altibajos producto de las dificultades o carencias documentales, y sobre todo de los vaivenes políticos, se puede apreciar el crecimiento notable de la producción que prácticamente triplica en veinte años la tradicional exportación de cueros vacunos, multiplica por sesenta la exportación lanera y cuadruplica la del tasajo. En todos los casos, Buenos Aires exporta la mayor parte, que ronda el setenta por ciento en los cueros y supera el ochenta en los otros dos rubros. El crecimiento, aunque el cuadro no lo exprese, tiene que ver con muchos factores, entre los cuales se destaca el aumento considerable de la superficie explotada. Es en este período en el cual las tierras del actual Partido de Ayacucho comenzarán a producir.

Las actividades posibles para la región eran las que ofrecía la ganadería. La producción de cereales se encontraba orientada al consumo interno, generalmente localizada en las cercanías de las ciudades. La prohibición de exportar que rigió durante la mayor parte de la Época Colonial influyó seguramente en tal limitación, pero aún “[...] a partir de la independencia, por efecto de una compleja serie de factores y dificultades, la producción triguera bonaerense se estancaría y las harinas norteamericanas y chilenas se volverían habituales en el mercado porteño.”⁷

La ganadería vacuna resultó ser la actividad principal en el período inicial, tal como puede apreciarse para la Provincia en general. El momento de inicio del trabajo ganadero en la zona del actual Partido de Ayacucho con establecimientos medianamente consolidados, debe ubicarse en la década de 1830-1840, lo que coincide con pautas más generales y otros fundamentos.

Tal momento de inicio de las actividades ganaderas para los primeros criollos, se produce una década después de la primera distribución enfiteútica, y en general quienes resultan iniciadores del proceso no son los primeros adjudicatarios⁸.

⁷ Barsky, Osvaldo y Djenrendjerián, Julio, *Historia del capitalismo agrario pampeano*. Buenos Aires, UB-Siglo XXI, 2003. Pág. 132

⁸ Esta realidad pone en entredicho las tradicionales posturas con respecto a que la enfiteusis había generado la gran propiedad rural favoreciendo a determinadas personas afines al Gobierno. Si bien es cierto que puede notarse ese favoritismo como norma general, la acumulación de tierras dependió de un segundo elemento que fue la decisión de producir sobre esas tierras, ya que el proceso de acumulación se produce en una segunda o tercera instancia posterior a la adjudicación enfiteútica, al menos para la región sudeste de la provincia. La especulación de quienes reciben las tierras en primera instancia termina siendo un negocio menor, por el bajo valor de las tierras, en la mayoría de los casos en que se desprenden de las mismas en corto tiempo.



Este momento inicial es un período en el que, al fundarse la ciudad de Ayacucho recién en 1866, cuando el mismo termina, la población es absolutamente rural, y su localización nos remite a Estancias, con sus cascos y puestos, y a los comercios o postas que se distribuyen por toda la superficie.

Con respecto a esta época final del período, nos encontramos con dos documentos que nos brindan una idea muy concreta de sus características, aunque los datos difieren considerablemente. Hemos mencionado al Censo Nacional de 1869 con anterioridad; al mismo hay que sumarle el Registro Estadístico de Buenos Aires de 1866⁹, en el que se detalla población, vivienda, comercio y ganadería en el mismo año de creación de los Partidos.

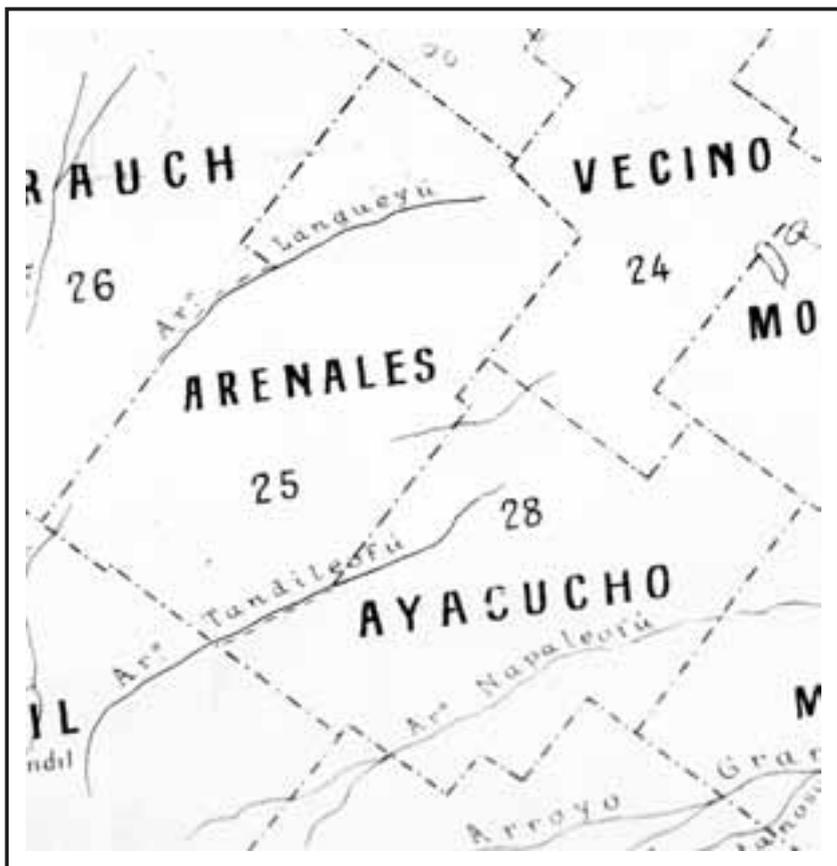
De acuerdo al Censo, la población se compone entonces de 3253 habitantes para Arenales, y 2993 en Ayacucho¹⁰, los que conforman una población total de 6246 personas. El registro Estadístico arroja un total de 9645 pobladores. La diferencia, muy importante por cierto, puede intentar explicarse por varios factores. Con Partidos recién creados, no es imprudente suponer que sus límites no eran entonces –fundamentalmente en 1866– todo lo claros que serían en adelante. Con un Juez de Paz recién designado, difíciles vías de comunicación, Estancias que superan los límites del Distrito, poco personal capacitado para el relevamiento y una población cálculos aproximados que lo llevaron a la magnificación de los datos demográficos, pues incluso por la evolución posterior, la cifra que arroja el Censo resulta más adecuada a la realidad. Esto no quita valor a los otros datos del Registro, fundamentalmente a los económicos sobre los cuales se ha puesto especial atención por propósitos fiscales.

⁹ Reproducido por Azeves, A. H., *Ayacucho. Surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana*. Ayacucho, 1968. Págs. 334-336.

¹⁰ Recuérdese que la *Ley de creación de Partidos al sur del Río Salado*, que data de 1865, ubica en la actual superficie del partido de Ayacucho a los distritos de Ayacucho y Arenales.



División original de los partidos de General Arenales y Ayacucho - (1865)



En la división de 1865, las tierras del actual Partido de Ayacucho constituían dos Partidos. En ambos se reservó un espacio para creación de la Ciudad cabecera y su ejido, pero éste sólo se concretó en Ayacucho. Con el tiempo se materializó la fusión por la cual Ayacucho se convirtió en uno de los Partidos más extensos de la provincia. El tema se encuentra desarrollado en el capítulo 5.

Entre esos primeros habitantes, ya hay una presencia considerable de extranjeros y muchos niños. Intentaremos explicar entonces, cómo y porqué más de seis mil personas vivían en Ayacucho antes de que se fundara su ciudad cabecera.

La ocupación de las tierras del partido de Ayacucho

Las tierras del actual Partido de Ayacucho fueron concedidas a particulares, fundamentalmente en Enfitéusis, entre mediados y fines de la década de 1820-1830¹¹. En general, los primeros adjudicatarios no las conservarían por demasiado tiempo, traspasando sus derechos a otras personas hasta que las tierras encontraran quien las pusiera en producción. Las facilidades para obtenerlas, y la inexistencia de condiciones para usufructuarlas, hicieron que muchos las pidieran para especular con ellas, sin que existiera la intención de emprender una empresa ganadera en una zona tan lejana.

Por estas razones, es importante entender que existe una enorme diferencia entre la adjudicación de la tierra, y su puesta en producción. En la segunda mitad de la década 1830-1840, diez años más tarde de la primera distribución, recién comenzarán a generalizarse las estancias que inician la actividad en forma efectiva.

Precisamente por esta particularidad, resulta complejo determinar el orden en que fueron estableciéndose los habitantes. Sin embargo, podemos hallar una serie de Estancias precursoras¹² que funcionan como tales alrededor de 1840; "San Juan" (Girado-Seguí) "La Barrancosa" e "El Hinojal" (Castaño), "San Felipe" (Senillosa), "Cacique Negro" (Arana) "Juncal" (Alzaga-Lezama), "Santa María" (Arroyo), "El Carmen" (Díaz Vélez), "San Laureano" (Rufino), "Loma Partida" (Vela)¹³, "Cinco Lomas" (Míguens), y "Navas" (Puddicomb-Pereyra) entre otras, todas ocupadas antes de 1840, son los núcleos primitivos de población criolla; desde ellos, y en gran parte por su acción precursora, la totalidad de las tierras se irán ocupando en forma efectiva, y la población se elevará a un ritmo vertiginoso hasta 1866, en que se funda la ciudad. Entonces, otras actividades diversificarán las propuestas para atraer a la gente; hasta ese momento, sólo la necesidad de brazos en las Estancias y los puestos generados por el incipiente comercio serán los que convoquen en aquellas a más de seis mil personas.

¹¹ El proceso se encuentra detallado con precisión tanto en el capítulo de Economía que forma parte del Tomo II de esta historia, como en Zubiaurre, P. (Dir) Desde la Tierra. Op. Cit. Capítulo 3.

¹² En algunas de ellas, o en sus inmediaciones, funcionaron los primeros comercios estables como en el caso de El Carmen o Cacique Negro.

¹³ En realidad, el casco de Loma Partida se encuentra en el Partido de Rauch, pero buena parte de su superficie y algunos de sus puestos más importantes, se hallan en Ayacucho.





"La Barrancosa"



"Loma Partida", cuyo casco queda en Raich aunque parte de sus tierras se ubicaban en el Partido de Ayacucho. Foto: A. Cantarini.

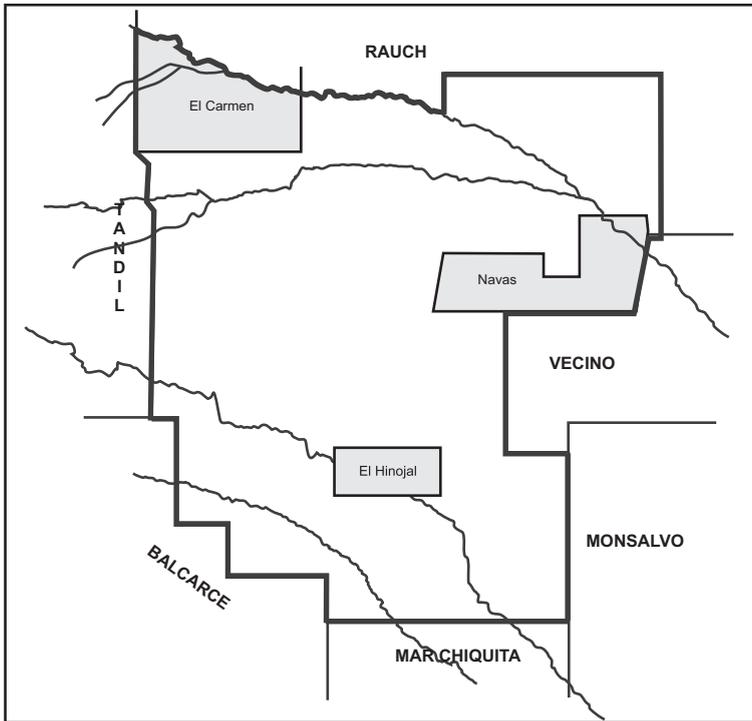


"Navas". Foto: A. Cantarini.

De acuerdo al Registro Estadístico de 1866, existían entonces noventa y dos Estancias con 859 puestos; en total, 1195 viviendas, cifra que nos habla de un promedio de más de cinco habitantes por vivienda. El Censo registra 1140 viviendas, para un total de 1179 familias. Ante la visión actual de un campo muy poco poblado, resulta complejo imaginar lo que sería por aquella época en que se fundó la ciudad.

Nombramos con anterioridad una serie de Estancias precursoras; utilizaremos a tres de ellas, en distintos puntos del Partido, para graficar la forma en que la población se distribuía en el espacio.

“El Carmen”, en el extremo noroeste, incluye tierras de los Partidos de Rauch y Arenales. En éste último son más de cinco mil hectáreas y tomaremos un plano¹⁴ del año 1872; para “Navas”, con una superficie de casi cuarenta mil hectáreas, el plano es de 1869¹⁵, y el de “El Hinojal” –algo más de veinte mil hectáreas- es apenas posterior.



Plano del partido de Ayacucho con la ubicación de las estancias “El Carmen”, “El Hinojal” y “Navas”. (Aproximadamente, 1870).

En todos los casos, existe una distribución similar por ser Estancias ganaderas anteriores a la utilización del alambrado, que condiciona la ubicación de los puestos en los perímetros, con la doble función de contener el ganado y demarcar la propiedad. Con un casco ubicado según diversos criterios –cercanía de aguadas naturales, paso de caminos, altitud del terreno, etc.- los puestos “encierran” estratégicamente los establecimientos. De acuerdo al tipo de producción, puede variar su cantidad, siendo más numerosos en aquellas estancias que introducidas en la producción ovina utilizan sistemas de “aparecería” o “puesteros a porcentaje”. También la calidad de los campos y la existencia de aguadas naturales que sirvan de límite son factores a tener en cuenta. Para los tres casos que abordaremos, la cantidad de poblaciones es la siguiente:

Navas: 25 poblaciones (2 Estancias, 1 Comercio, 22 puestos)

El Hinojal: 33 poblaciones (2 Estancias, 1 Comercio, 30 puestos)

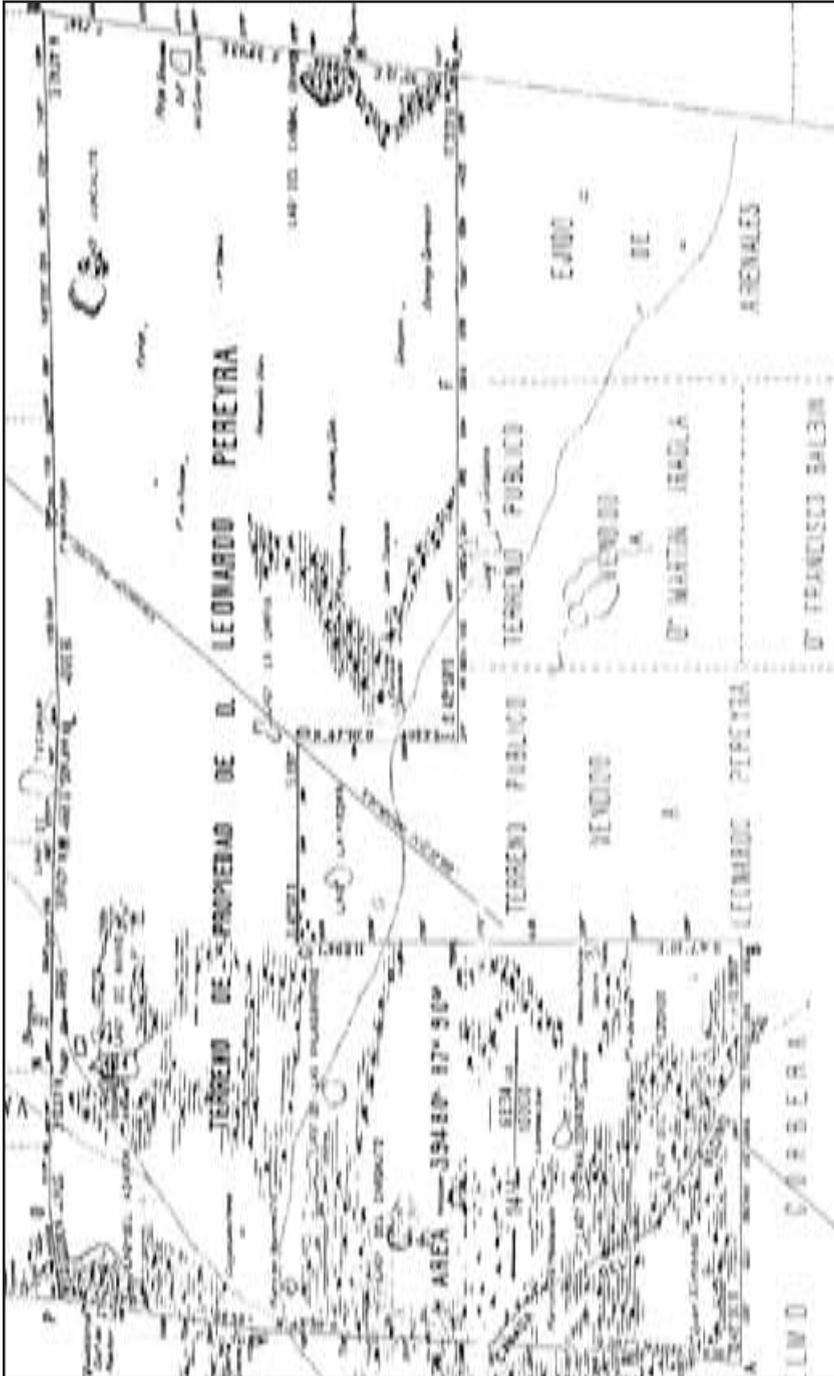
El Carmen: 45 poblaciones (2 Estancias, 2 comercios, 41 puestos)

Debe tomarse en cuenta que las Estancias incluían más de una vivienda, habitando en ellas el Encargado, mayordomo o administrador, caseros, peones, a veces quintero o montero, cocinero, personal contratado, etc.. Tomando este recaudo, podremos apreciar que utilizando el índice de pobladores por vivienda que determina el Censo de 1869, –no varía demasiado con el Registro Estadístico- de cinco habitantes y medio por vivienda, deberíamos calcular la población de Navas en ciento sesenta y cinco personas, la de El Hinojal en doscientas nueve, y la de El Carmen, en doscientas setenta y cinco habitantes, para una época cercana a la fundación de Ayacucho. Tales cifras nos dan una pauta de la enorme densidad de población de la zona rural por aquellos tiempos, en que la vida urbana apenas se conocía. Entre las tres Estancias, la población suma casi tantos habitantes como la ciudad cabecera.

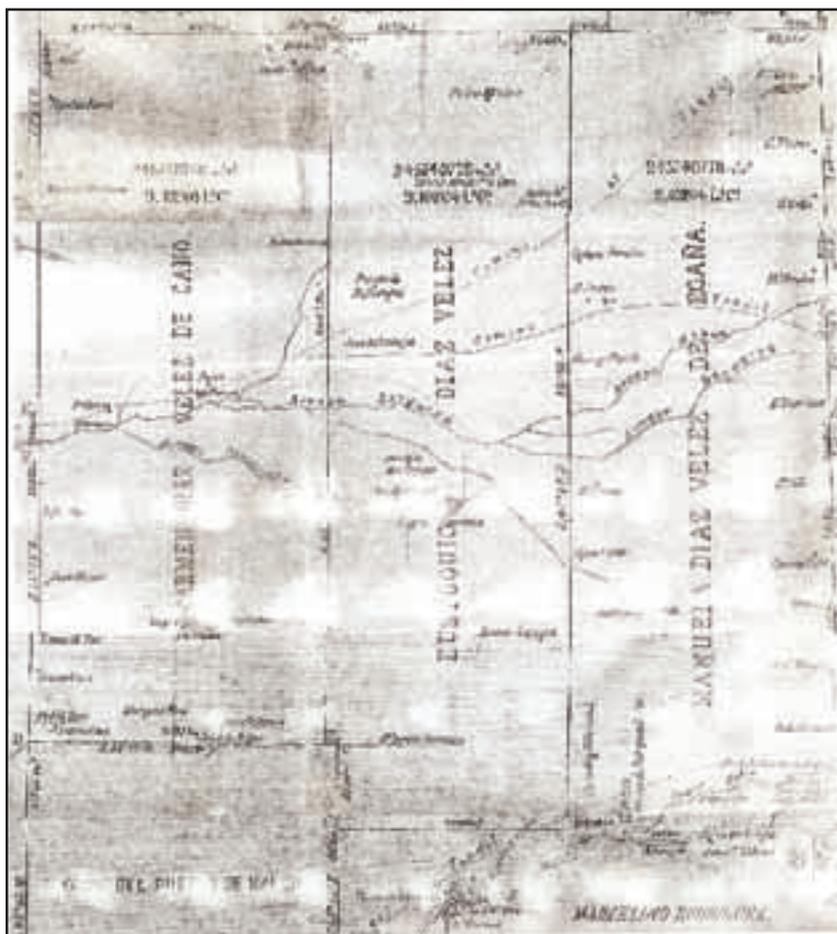
¹⁴ Díaz Vélez, Carmen. *Duplicado de Mensura N° 51. Rauch, 1872.*

¹⁵ Pereyra, Leonardo. *Duplicado de Mensura N° 128. Ayacucho, 1869.*





Plano de estancia Navas, de Leonardo Pereyra. Duplicado de mensura N° 128, partido de Ayacucho, 1869. Dirección de Geodesia, provincia de Buenos Aires.



Plano de la vieja estancia “El Carmen”, y su división. Duplicado de
Mensura N° 51. Rauch. 1872.

Dirección de Geodesia, provincia de Buenos Aires.

Debe dejarse constancia que este plano incluye tierras de los Partidos de
Ayacucho y Rauch, divididas por el arroyo Langueyú. La Estancia
pertenece a Don Eustoquio Díaz Vélez.



Plano de la Estancia "El Hinojal", y su división. Duplicado de Mensura N° 82.
Partido de Ayacucho.

Dirección de Geodesia, provincia de Buenos Aires.
La Estancia perteneció a Don José Antonio Castaño.

Las formas de la vida

¿Cómo era la vida por entonces? El centro de la misma era el trabajo. Si bien el mismo se aborda en el capítulo de Economía, es necesario aquí hablar de algunas de sus características principales.

Quienes iniciaron una actividad productiva, debieron encontrarse con una serie de inconvenientes de importancia. Debemos pensar en una tecnología muy rudimentaria para hacer frente a problemas, entre los cuales los más importantes eran la obtención del agua y la retención del ganado.

La inexistencia de medios eficientes para proveer de agua al ganado hizo que se utilizaran al máximo las fuentes naturales como arroyos, ríos o lagunas. En general, al entregarse las tierras, se buscaba que todas las concesiones tuvieran acceso al recurso, por lo que solía restringirse el frente contra una aguada, para permitir que todas las estancias pudieran contar con el recurso. Algunas soluciones tales como los jagueles llegaron más tarde y requerían de condiciones especiales para su construcción. El sistema que más rápido se adaptó fue el del Balde, sistema que Noel Sbarra describe de la siguiente forma:

“Consiste en un tosco balde de cuero vacuno –toro o novillo, con preferencia- de forma semiesférica, llamado pelota, cuya boca se mantiene abierta por medio de un aro de madera dura. Debe funcionar manejado necesariamente por dos hombres: uno, de a caballo, lo eleva tirando a la cincha la sogá pasada por el crucero, y el otro, de pie junto al pozo, lo vacía al llegar a la superficie.”¹⁶

La idea original fue reemplazada y mejorada por el llamado “balde volcador”, hecho con el cuero de un pescuezo de potro, que se abría mediante un sencillo mecanismo al llegar a la superficie y volcaba el agua en un depósito o estanque. El sistema fue más eficaz y los materiales para su construcción habituales y prácticamente sin costo, y además lo accionaba una sola persona. El mecanismo fue descrito por William Mc Cann, quien lo vio funcionar en su viaje a caballo por las provincias argentinas, en 1848: “Encima de los pozos se levanta un armazón de madera de donde se suspende la rondana por donde pasa una sogá de

¹⁶ Sbarra, Noel, *Historia de las aguadas y el molino*. Buenos Aires, Eudeba, 1973. Pág. 41



cuero, que se prende, en uno de los extremos, al cubo, y en el otro a la cincha del caballo. El balde es de cuero, muy grande y tiene una forma muy particular: mide de cinco a seis pies de largo y está abierto en los dos extremos. Una vez que el balde desciende al pozo, un individuo a caballo lo tira por cierto trecho hasta que sube por encima del brocal. La sogá se dispone de tal manera que cuando el caballo ha tirado el balde un trecho suficiente, la boca del cubo se inclina sobre una cisterna o batea en la cual se derrama. Esta operación se hace con facilidad y con bastante rapidez. Cambiando de caballo por una sola vez, puede darse de beber a dos mil cabezas de ganado en el espacio de unas ocho horas.”¹⁷

La escasez de madera era otra complicación. Quien quisiera instalarse debía llevar desde la cumbre de álamo para su rancho, pues no existían especies arbóreas en el espacio a ocupar: “La primera tarea que debe emprender el poblador es edificar su casa y hacer plantaciones de árboles; ya crecidos estos podrá seguir con las mejoras.”¹⁸

La inexistencia de cercos obligaba al trabajo de “aquereciamiento”, por el cual se acostumbraba a la hacienda a no moverse de un lugar. Normalmente, se colocaba un poste de ñandubay en el centro del campo, como referencia y para que los animales pudieran ir a rascarse; “Gente de a caballo recogía el ganado a la entrada del sol, rondaba toda la noche y a la aurora lo dejaba ir a la aguada; el resto del día lo pastoreaba bajo una vigilancia constante. Para aquereciar la hacienda [...] se requerían por lo general tres o cuatro meses, durante la primavera. Una vez aquereciado, el vacuno tiende a volver a su querencia cada vez que se lo aparte de ella. La vigilancia la ejercían unos pocos hombres, que se según Azara¹⁹, se limitaban a uno por cada mil vacunos.”²⁰

Con respecto a los ovinos, cuya producción crece sensiblemente en el período que nos ocupa, entre 1835 y 1870, los problemas a solucionar no eran demasiado distintos. Agua, cercos y sombra eran las necesidades básicas, además de un mayor número de trabajadores para la crianza y los trabajos específicos. La cría de ovejas bien puede tomarse como la actividad que más

¹⁷ Mc Cann, William, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires, *Hyspamérica*, 1985. Pág. 52.

¹⁸ Mc Cann, William, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires, *Hyspamérica*, 1985. Pág. 120.

¹⁹ Azara, Félix, *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes*, Buenos Aires, 1943. Pág. 7.

²⁰ Giberti, Horacio, *Historia económica de la ganadería argentina*, op. Cit., Pág. 52.



hizo crecer la población en esta región por entonces, en la que la agricultura era prácticamente inexistente, y la ganadería vacuna podía satisfacer sus necesidades laborales con relativamente pocas personas.

Las características del trabajo nos hablan del tipo de destreza necesaria para los trabajadores; la principal condición era el buen manejo del caballo, virtud que universalmente se le ha reconocido al hombre de la pampa. No existe ningún viajero del siglo XIX que al transitar la zona rural no haya destacado la habilidad del criollo sobre el caballo, la forma de montar, domar, trabajar, su resistencia para permanecer sobre el animal largas jornadas, la vaquía para saltar en el momento justo y tantas otras consideraciones que siempre dejan ver una cierta admiración de los visitantes.²¹

Hombre y caballo se vuelven uno solo en la pampa. El gaucho no puede prescindir del caballo. Sin él, no es nada. Piénsese en el trabajo con miles de cabezas de ganado no muy dócil, en extensiones que muchas veces superaban las diez leguas cuadradas; un hombre de a pie sólo podía mirar. Por otra parte hay que recordar que más allá del trabajo, la sociabilidad, la salud, y las provisiones, entre tantas otras cosas, dependían en los primeros tiempos del caballo, por las enormes distancias que debían cubrirse para satisfacer las necesidades. Visto así, no es difícil entender porqué todos quienes lo ven hablan del hombre de la pampa y su caballo como compañeros inseparables. William H. Hudson hace una descripción que resulta muy ilustrativa: “El gaucho tiene siempre las piernas más o menos arqueadas y cuando más pronunciado se hace ese defecto, mejor le resulta para la lucha por la vida. Separado del caballo, sus movimientos aparecen desmañados y torpes, semejantes a esos tardígrados mamíferos de hábitos arbóreos, cuando los arrancan de los árboles en que trepan. Camina el gaucho un poco a la manera de los patos, asentando los pies hacia adentro, y como si echara de menos las riendas en las manos. Esto acaso sirva para explicar por qué los extranjeros, juzgándolo desde un punto de vista muy personal, lo acusen invariablemente de perezoso. Porque a caballo, el gaucho es el más activo de los mortales.

²¹ Por ejemplo, Roberto Cunninghame Graham, Francis Bond Head, Charles Darwin, J. Miller, J.P. y G.P. Robertson, William Mac Cann, William Hudson, o Robert Proctor, entre muchos otros.





Hombre y caballo: protagonistas principales del poblamiento inicial y del trabajo en los comienzos de la producción ganadera en toda la región.

Foto: gentileza Museo Histórico Municipal de Balcarce

DISPARADA DEL RODEO

“Bastaba la menor cosa, el vuelo de un sombrero arrastrado por el viento, el aletear de un poncho, la caída de un caballo que tropezara con algún hoyo, para que todo el esfuerzo fuera tan vano como el del que quisiera espantar de un campo una nube de langostas. En un instante todo el ganado se enloquecía; las reses echaban chispas por los ojos, alzaban colas y cabezas, y, como una marejada, todo el rodeo de cuatro o cinco mil reses, con bramido ensordecedor y tronar de río caudaloso, en plena inundación, partía de estampida. No había nada que pudiera detenerle el paso. Por sobre los collados y las abruptas quebradas de los arroyos, pasaba como se extiende el fuego en la yerba, en la llanura.

Entonces era cuando había que ver a los gauchos. Caído el sombrero de la cabeza, retenido en el aire por un barboquejo, y zafándose el poncho en plena carrera, el capatáz galopaba a cortar el torrente de animales en fuga.

Los peones se separaban como las varillas de un abanico, aguijoneando a sus caballos con sus grandes espuelas de hierro y con recios golpes de sus rebenques, tratando a su vez de ponerse al frente. Los que quedaban envueltos en el montón embravecido, no tenían más esperanza de salvarse que sobre los cascos de sus caballos, se veían estrujados entre los animales, pero conservando sus serenidad, vigilantes, erguidos en sus “recaos” y listos para aprovechar la primera oportunidad de escurrir el bulto.

Si por casualidad sus caballos caían, su suerte estaba echada. El huracán pasaba por sobre ellos y sus cuerpos quedaban en la llanura, como los de marinos arrojados a la playa después de un naufragio, destrozados y horribles.

Los hombres que se habían extendido a los lados, se reunían ahora, al ponerse adelante y galopaban a la cabeza del torrente enfurecido, agitando los ponchos y blandiendo sus rebenques en lo alto. Ellos también corrían gran peligro de perder la vida, si el ganado atravesaba una vizcachera o un cangrejal. Era de ver, entonces, los prodigios de la equitación.”

R.B. CUNNINGHAME GRAHAM



La paciencia con que soporta las privaciones que a otros llevarían a la desesperación, las jornadas afanosas que cumple, sus proezas de jinete, las distancias que recorre sin darse reposo ni alimento, son cosas que maravillan al común de los hombres. Pero privadle de su caballo y no podrá más que sentarse en el suelo, cruzado de piernas, o en cuclillas sobre sus talones. Le habréis cortado los pies, como él diría en su lenguaje figurado.”²²

Invariablemente, el gaucho montaba sobre caballos y no sobre yeguas, motivo por el cual estas tenían un precio mucho menor. También las manadas de yeguas²³ con su padrillo debían aquerenciarse, lo que resultaba posible aunque el trabajo resultara más complejo que con los vacunos.

La cría de ovinos intentará fomentarse desde la década de 1820, fundamentalmente en tiempos de Rivadavia como gobernante, cuando se importan ejemplares de raza y se realiza una campaña propagandística en Europa buscando atraer pastores vascos. Si bien tales políticas no obtuvieron un resultado inmediato, en la década siguiente aumentó la inmigración europea especializada en las labores de cría de ovinos, seguramente como resultado de esos primeros esfuerzos para diversificar la actividad ganadera, y ante la percepción de gobiernos más firmes y una situación menos conflictiva que el decenio anterior. La imagen de Rosas como gobernante debe haber influido en tal sentido.

Las iniciativas tendientes al aumento de la producción lanar tienen que ver con la creciente importancia de la lana en la industria textil a nivel mundial a partir de fines de la década de 1830-1840, cuando la técnica logró mecanizar el trabajo de tejido; hasta ese momento, los tejidos de algodón llevaban ventajas por su más rápida mecanización. Luego de 1850, el crecimiento del mercado y la competencia entre ingleses y norteamericanos transformaron a la producción lanar en un enorme negocio que se difundiría ampliamente: “El ejemplo de rápidas y fáciles fortunas magnetizó a Buenos Aires y produjo un movimiento a favor del ovino, similar según Lemeé, a la fiebre del oro californiana; parte

²² Hudson, William, *Allá lejos y hace tiempo*, en: *Inchauspe, Pedro, La tradición y el gaucho*. Buenos Aires, Kraft, 1964. Pág. 204-205.

²³ Según Giberti, montar en yegua era considerado un acto denigrante, posiblemente por el menosprecio generalizado de una sociedad machista hacia el sexo femenino o por el temor a perecer “poco hombre” por utilizar animales más propensos a la entrega. Sin embargo, resalta que hay un hecho concreto que dificulta el uso de las yeguas que deriva de la ausencia de alambrados o cercos con los que separar las yeguas de los padrillos, por lo que vivían en un estado casi ininterrumpido de preñez y no se las amansaba.

de la población porteña emigró al campo y los estancieros sin lanares vendían campos y vacunos para procurarlos. Las ovejas, que en 1852 se cotizaban a dos pesos, se cotizaron en cinco años hasta 30 o 35 pesos. (mestizas regulares y esquiladas)²⁴ Los antiguos ejemplares criollos y pampas fueron reemplazados por merinos españoles primero, y merinos franceses (Rambouillet) más tarde por su mejor adaptación al mercado internacional y su rinde muy superior. De la mano de todos estos cambios, las exportaciones de lana crecieron enormemente hasta convertirse en el principal ingreso nacional. Mientras que para 1854 la lana representaba menos de un diez por ciento de las exportaciones, para 1870 superaba el cuarenta por ciento de las mismas.²⁵

Una temprana inmigración proveniente del país vasco, Gales e Irlanda sostuvo el crecimiento de la producción, y su arribo en épocas en que la producción estaba creciendo fue suficiente para que el manejo de su profesión los llevara en muchos casos por el camino del éxito económico. “[...] En las dos primeras décadas de la expansión ovina, los irlandeses reciben salarios relativamente altos, pues existe una gran demanda de mano de obra especializada, y se prefiere al trabajador extranjero, que no está sujeto a levas militares, tan frecuentes en esa época. [...] Una segunda forma de inserción de los inmigrantes irlandeses y sus descendientes en la producción agropecuaria es a través de distintas formas de aparcería. [...] Forma preferida por los irlandeses para vincularse a la cría de ovejas, la aparcería es fundamentalmente un contrato entre un trabajador-capitalista, que aporta su fuerza de trabajo y una parte del capital necesario para llevar adelante la explotación, y un terrateniente-capitalista, que pone la tierra y el resto del capital que se requiere para poner en marcha la empresa. Al finalizar el período establecido por el contrato, el trabajador recibe una parte del producto y el terrateniente se queda con el resto.”²⁶ La mención a los inmigrantes irlandeses, puede hacerse extensiva a ingleses, galeses y vascos o, en general, a todo aquel que llegó en épocas tempranas conociendo un oficio sobre el que existía una enorme demanda. Los contratos de producción a porcentaje, podían ser según los casos, de un cuarto, un tercio o hasta la mitad de la producción, lo que rápidamente los conducía a la compra de tierras propias. Por este

²⁴ Gilberti, Horacio, *Historia económica de la... Op. Cit.*, Pág 152.

²⁵ Cortés Conde, Roberto, *Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial. 1850-1930.* Buenos Aires, Paidós, 1974.

²⁶ Korol, Juan Carlos y Sabato, Hilda, *¿Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina? Buenos Aires, Plus Ultra, 1981. Págs. 83-84.*



motivo, puede decirse que en todo el sudeste de la provincia de Buenos Aires, la cría de ovejas se convirtió en uno de los canales más frecuentes de ascenso social, especialmente para los inmigrantes.



Ejemplares de Merinos Rambouillet en la Estancia “La Reconquista”, de Querejeta.

Foto gentileza Museo Historia Regional

Para sostener estas formas de producción, las Estancias incorporaron mucho personal al trabajo, al que generalmente disponían en el perímetro de la propiedad. Las viviendas se construían sobre un modelo bastante general, atento a las limitaciones de materiales provistos por la pampa. Sin piedra y sin madera en las cercanías, tales materiales se utilizaban apenas para funciones específicas en las que no podían ser reemplazados. Hasta que se generaliza la fabricación de ladrillos, las más de las

viviendas fueron de adobe y paja, o de céspedes²⁷ como solían llamar a las raíces de paja brava dispuestas como ladrillos y unidas con el adobe de barro y bosta. La estructura se armaba de palos atados con tientos de potro, pues el alambre aún no era común en la región. De acuerdo a las necesidades, el rancho podía variar las dimensiones aunque difícilmente lo hiciera en su forma. El techo, de paja a dos aguas podía en algún caso ser con una única caída, pero el material fue casi universal, con excepción de las grandes estancias en las que puede encontrarse alguna vivienda de ripia o ladrillo con azotea. Al respecto, los testimonios de viajeros coinciden perfectamente con los datos de Censos y Registros; un relato muy interesante es el que al respecto hace Francis Bond Head, por poner el acento en la disponibilidad de materiales que resultaba ser determinante: “Los ranchos se construían de la misma forma sencilla; pues aunque el lujo tiene diez mil planos y alzadas para la morada frágil del más frágil morador, sin embargo en todas partes la choza es igual y, por lo tanto, no hay diferencia entre el gaucho sudamericano y el highlander escocés, excepto en que la primera es de barro y se cubre con largas pajas amarillas, mientras la otra es de piedra techada con brezos. Los materiales de ambas son producto inmediato del suelo, y las dos se confunden tanto con el color del país que, a menudo, es difícil distinguirlas; y como la velocidad con que se galopa en Sudamérica es grande, y el campo llano, no se descubre el rancho hasta llegar a la puerta. El corral está a cincuenta o cien yardas del rancho y es un círculo de treinta yardas hecho de palo a pique.”²⁸

²⁷ En un artículo escrito en 1939 -Recuerdos de Antaño N° 250, Ayacucho, La Voz-Hermenegildo Italiano relata la forma de construcción de estas viviendas: “La operación preliminar consistía en marcar el espacio de la choza, por lo general de doce a dieciséis metros cuadrados, cuyo espacio cavávase a pala y en toda su superficie. La cava alcanzaba por lo común de setenta a ochenta centímetros de profundidad. El piso, como se ve, en vez de quedar a ras de tierra quedaba muy por debajo de su nivel. Acto continuo, se iniciaba la verdadera construcción. Cortados los céspedes procedíase a apilarlos como si fueran ladrillos al borde de la fosa, con la cara de la raíces hacia la parte superior. Cuando las paredes alcanzaban más o menos un metro de altura, se continuaban levantando los muros únicamente por dos de sus costados para formar los mojinetes, que lograban pocomás de un metro sobre el nivel de las otras paredes. Sobre estas, en el frente y contrafrente, se dejaban aberturas que hacían las veces de puertas. Terminados los hastiales de la casa, se apoyaba en ellos, del uno al otro, un palo de álamo a modo de cumbreira, sobre el cual se sujetaban a falta de espadaña, dos, tres o más cueros de potro que constituían el tejado. Otros cueros yeguarizos o vacunos, estaqueados expresamente en redondo hacían de puertas...”

²⁸ Bond Head, Francis, *Las pampas y los Andes, 1825 en Inchauspe, Pedro, La tradición y...* Op Cit, pág 183.



Más allá de las apreciaciones personales, los resultados de Censos y Registros rubrican las características generales de la descripción como la vivienda corriente de la pampa. El Censo de 1869 releva para Ayacucho y Arenales 1.132 casas de paja sobre un total de 1.222 existentes, y esto teniendo en cuenta que para entonces ya se ha fundado la ciudad y entre las nuevas construcciones abundan las de ladrillo: “Diferentemente de muchos pueblos que al surgir en el corazón de la pampa constituían un conglomerado de chozas, Ayacucho desde sus primeros días comenzó su edificación empleando material cocido, es decir, ladrillos. No diremos que faltaran los ranchos de adobe y paja, pero su número, comparativamente fue reducido. Modestas eran las viviendas, pero de ladrillo eran.”²⁹ Tres años antes, el Registro Estadístico había relevado la cantidad de 1.195 casas entre las cuales 1.187 eran de paja. Los números son lo suficientemente relevantes como para omitir cualquier comentario. Los años siguientes se producirán enormes cambios al respecto, con la masiva llegada de inmigrantes que traen sus costumbres y profesiones, entre las que abundarán aquellas relacionadas con la construcción, sean ladrilleros, albañiles, carpinteros o herreros, entre otros.

Distribuidos en aquellas simples, y aparentemente solitarias viviendas, rústicos hombres y mujeres componían la población que, habiéndose comenzado a asentar cuarenta años atrás, con muchas dificultades, para 1870 se había multiplicado de la mano de las numerosas oportunidades de trabajo y mejores condiciones de seguridad.



El rancho de adobe con techo de paja fue la vivienda más común de toda la primera etapa de ocupación del Partido de Ayacucho. Ilustración: obra de “Fernando Romero carranza”.

²⁹ Italiano, Hermenegildo, *Recuerdos de Antaño. Ayacucho, La Voz de Ayacucho*, 1940.

ESTANCIA “EL ROSARIO” *

Hacia 1850, los establecimientos ganaderos no conocían –en la casi totalidad de los casos– el lujo que los distinguirá un tiempo más tarde, hacia fin de siglo. Eran aún tiempos muy difíciles, y las construcciones, aún las de los cascos de Estancias, eran sumamente austeras, cuando no ranchos de barro y paja. El típico rancho, con su característica planta rectangular y el techo a dos aguas, se levantó en muchas ocasiones con materiales más sólidos, y los ladrillos unidos con barro y revocados con adobe se generalizaron en toda la región.

Un ejemplo muy significativo de esto es el caso de la Estancia “El Rosario”, que perteneciera a la familia Míguens. La familia Míguens fue propietaria de tierras desde una época muy temprana en esta zona. Ya en 1827 le había sido concedida una gran superficie en el espacio que se extiende entre los alrededores del Fuerte Independencia, y el sitio en el que hoy se encuentra la Estación Cangallo. Eran cerca de cincuenta mil hectáreas.

Con el tiempo, la propiedad se fue subdividiendo entre los sucesores del primitivo dueño, y “El Rosario” fue heredado por Felipe Santiago Míguens, quien lo puso en producción con anterioridad a 1850. Fallecido éste, su esposa llamada Josefa Piedracueva, lo vendió a Don José Zoilo Míguens el 22 de septiembre de 1863, y a él perteneció hasta que el 20 de octubre de 1876 se desprende del campo, transfiriéndolo a Cosme Mariño y José María Niel.

En este período de tiempo (1863-1876) se sanciona la Ley de Creación de nuevos Partidos al Sur del río Salado, y Míguens, hombre con muchos contactos en el Gobierno, es nombrado primer Juez de Paz de los Partidos de Arenales y Ayacucho. Aún no existía el pueblo, por lo que el primer año de gestión fue realizado desde su vivienda; en la Estancia “El Rosario”, entonces, funcionó el primer Juzgado de Paz de los Partidos de Arenales y Ayacucho.

Sencilla construcción característica de la pampa, “El Rosario” constituye un hito relevante en la historia de Ayacucho, desde su significancia como establecimiento productivo



representativo de un tiempo y un espacio, por su rol en la organización jurídico política del Partido y por haber pertenecido a quien se considera el “fundador” de Ayacucho, Don José Zoilo Míguens.



Vivienda de la Estancia “El Rosario”, de José Zoilo Míguens. Construída hacia 1850, fue levantada en ladrillo pero respetando las formas tradicionales.

Desde el año 2007, un proyecto en el que participan el I.S.F.D. N° 87 y la Escuela de Concentración de “La Constancia” trabaja en la recuperación y puesta en valor del lugar, que lleva el nombre de Sitio Histórico Estancia “El Rosario”. Para llevar adelante el mismo, se contó con el apoyo de sus propietarios –familia Zeberio- y se encuentra en plena evolución. Puede visitarse a través de la solicitud a la Dirección de la Escuela de Concentración de “La Constancia”.

2. La evolución de la población

Cifras y particularidades

Existe una tendencia a creer que la pampa era por entonces un espacio casi exclusivamente masculino debido a su carácter inhóspito; los datos concretos, sin embargo, nos demuestran que la realidad no fue tan así, fundamentalmente entre la población criolla.

Para los Partidos de Arenales y Ayacucho, sobre 5338 argentinos, 2948 son varones, cifra que equivale a un 55,23 %; entre los 1006 extranjeros, hay solamente 237 mujeres, que representan un 23,56 %.³⁰ Las cifras totales arrojan una población masculina del 59,51 %, que si bien expresan una clara mayoría de hombres, nos hablan de una sociedad con abundante población femenina a pesar de las duras condiciones de vida. En líneas generales, puede encontrarse que en cada puesto hay una familia, aunque sin dudas hay muchos en los que vive un hombre sólo, y en algunos casos hay pequeños conglomerados de peones. En el terreno de las excepciones, pueden también encontrarse poblaciones en las que viven mujeres solas o cabezas de familia.³¹

El equilibrio contribuyó en gran forma al crecimiento de la población, pues estas sociedades³² tienen un altísimo porcentaje de nacimientos sin los cuales no habrían podido desarrollarse, dada la escasa expectativa de vida.

La formación de familias nos habla de la existencia de ámbitos de sociabilidad, a pesar del aparente aislamiento de las viviendas. Los primeros datos concretos sobre nacimientos son los que disponemos a partir de la creación de la vice-parroquia de

³⁰ *Primer Censo de la República Argentina. Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1872. Págs. 42-43.*

³¹ *Por ejemplo, en el plano de la Estancia "El Carmen" (Pág. 120), véase el puesto de Ana Sagasta, el de Ana Peralta, ó el de Valeria Montes de Oca.*

³² *Hablamos de estas sociedades, en plural, pues en un estudio reciente se comprobó una tendencia similar en el vecino Partido de Balcarce. Véase Zubiaurre, Pablo, Historia de Balcarce, I. Los orígenes. Op. Cit, cap. 6.*



Ayacucho, y la existencia de su archivo. La siguiente es la evolución en el siglo XIX, destacando entre paréntesis la población total disponible en cifras concretas para los años 1869, 1881 y 1895.³³

Año	Nacimientos	Año	Nacimientos	Año	Nacimientos	Año	Nacimientos
1867	126	1875	673	1883	607	1891	522
1868	279	1876	410	1884	632	1892	720
1869	(6246) 432	1877	577	1885	693	1893	573
1870		1878	456	1886	700	1894	518
1871	510	1879	568	1887	748	1895	(12511) 420
1872	486	1880	583	1888	608	1896	550
1873	469	1881	(11.216) 652	1889	656	1897	443
1874	510	1882	700	1890	567	1898	428

El índice de nacimientos de acuerdo a la cantidad de habitantes es muy elevado si lo comparamos con los que pueden observarse en la actualidad. Si bien las cifras son variables, en todos los casos son muy superiores a la media actual aproximada de veinte por mil. Por tomar sólo tres años, de los que disponemos datos concretos, podemos ver que los porcentajes son mucho más elevados:

1869: 69,16 nacimientos cada mil habitantes.

1881: 58,13 nacimientos cada mil habitantes.

1895: 33,57 nacimientos cada mil habitantes.³⁴

¿Cuál es el sentido de detallar la cantidad de nacimientos en todos estos años? Creemos que resulta necesario hacerlo pues en esta altísima tasa de natalidad –junto al arribo de grandes cantidades de inmigrantes- se basará el crecimiento demográfico de Ayacucho, que fundamentalmente en los primeros tiempos contará con precarias condiciones sanitarias y una alto grado de mortalidad infantil, además de una expectativa de vida escasa.

Sin embargo, la alta tasa de natalidad no se debe a una conciencia de su necesidad sino a pautas culturales de la época. Al respecto, el historiador francés Philippe Ariés, traza una precisa

³³ Censos nacionales de 1869 y 1895, y provincial de 1881.

³⁴ Nótese que 1895 es el año de menor cantidad de nacimientos en toda la década.



descripción de lo “modernas” que resultan algunas prácticas: “A lo largo de muchos siglos, el hombre ignoró –con pocas excepciones que no tienen valor ejemplar– la existencia de métodos capaces de actuar sobre la vida, la longevidad y la fecundidad. [...] Hoy en día, cuando las técnicas anticonceptivas se han generalizado, resulta extraño comprobar lo reciente de su utilización. Son técnicas que datan de los siglos XIX y XX, como el tren y la electricidad. La preocupación por controlar la natalidad era anterior, sino a su descubrimiento, al menos a su empleo.[...] Cuesta creer que las imposiciones religiosas fueran tan fuertes como para prohibirlas en tan amplia escala. No era ignorancia ni sumisión sino, más bien, y perdonarán este horrible neologismo, impensabilidad. En un mundo determinado hay actos imposibles, cosas impensables. Y durante mucho tiempo se vivió en un mundo del que estaba excluida la idea de una reflexión, de una previsión, de una intervención que hubiera disociado la totalidad religiosa, aunque implícita, del acto sexual. Este mundo fue sustituido por otro, por el nuestro, en el que el acto sexual, como la enfermedad, no se distingue esencialmente de las otras operaciones de la naturaleza animada o inanimada, sobre las que opera la técnica para modificarlas según un plan determinado. Dos mundos o dos civilizaciones”³⁵

Igual que veremos más adelante con respecto a la enfermedad, hay algo de resignación ante la naturaleza. Es la norma de la cual los pobladores no se apartan en su conjunto a pesar de no vivir en un mundo ideal: las condiciones de vida son malas; los inmigrantes llegan desde una Europa superpoblada y saben de las dificultades de alimentar muchas bocas, pero esto no limita la procreación. Hay años en que las cifras son verdaderamente impresionantes, como 1875 ó 1882, con una natalidad superior al ochenta por mil.

Los nacimientos se producen en las casas, y por lo general con la sola asistencia de alguna comadre o idónea, en el mejor de los casos. En general, las familias se vuelven numerosas en algunos años, si las acompaña la suerte con respecto a la salud. Con el transcurso del tiempo, y en la medida que las condiciones sanitarias mejoran sensiblemente, las familias con muchos hijos serán aún más frecuentes. Sin embargo, en los primeros años de vida de Ayacucho, la alta natalidad resultó indispensable por la también alta cantidad de defunciones, de las que hablaremos más

³⁵ Ariès, Philippe, *Ensayos de la memoria. 1943-1983*. Bogotá, Norma, 1996. Pág. 368.



tarde. La diferencia entre ambos datos es el llamado crecimiento vegetativo, que arroja los siguientes datos, :

Año	Total de defunciones	Total de nacimientos	Diferencia entre nacimientos y defunciones
1867-68	175	405	230
1869	159	432	273
1870	228	573	345
1871	148	510	362
1872	237	486	249
1873	259	469	210
1874	311	510	199
1875	210	673	463
1876	231	410	179
1877	187	577	390
1878	199	456	257
1879	221	568	347
1880	102	583	481
1881	197	652	455
1882	189	700	511
1883	226	607	381
1884	150	632	482
1885	95	693	598
1886	168	700	532
1887	239	748	509
1888	216	608	392
Total	4323	17493	13.170

A pesar de estas cifras, el crecimiento vegetativo por sí solo no hubiera permitido un aumento demográfico tal como se registró en Ayacucho desde su fundación –sería más correcto hablar del Primer Censo Nacional de 1869- hasta mediados del siglo XX.³⁶ Creemos por otra parte que el crecimiento vegetativo ha sido menor que el que indica la diferencia entre los nacimientos y las defunciones registradas en la Iglesia. Pensamos que muchos decesos no fueron registrados por diferentes motivos, como por ejemplo la distancia que era necesario recorrer hasta la Iglesia, la falta de costumbre o la necesidad de que el episodio pasara

³⁶ Debe pensarse que un alto porcentaje de los nacidos no llegan a cumplir un año de vida. Sobre el tema volveremos más tarde. Por otra parte, los datos sobre defunciones están evidentemente incompletos en algunos años tales como 1885.



desapercibido. Sepultar a los muertos en el cementerio, habiendo pasado por la Iglesia, resulta una práctica que seguramente no todos asimilaban sincrónicamente.³⁷ Por otra parte hay que tomar en cuenta que de la misma manera que muchos pobladores llegaron a Ayacucho provenientes de las ciudades ubicadas más al norte, como Dolores, desde Ayacucho muchos deben haber migrado hacia un sur con otras posibilidades. Por último, las levas militares también implicaron alguna pérdida de población para el Distrito.

A pesar de todo esto, la población creció sostenidamente y tal crecimiento se percibe claramente desde de los Censos Nacionales y Provinciales, con datos que pueden considerarse muy cercanos a la realidad.



Dibujo: E. Marengo

Registro	Cantidad de habitantes	Porcentaje de crecimiento
Censo Nacional de 1869	6.246	
Censo Provincial de 1881	11.216	79,57 %
Censo Nacional de 1895	12.511	11,55 %
Censo Nacional de 1914	15.188	21,40 %
Censo Nacional de 1947	19.621 ³⁸	29,19 %

Sin lugar a dudas, el fenómeno que acompaña este crecimiento es la llegada de inmigrantes que se hace presente desde los primeros registros. Pero antes de hablar de los foráneos, es interesante referirse a la población autóctona. Con respecto a la composición original de la población, encontramos que a la hora de poblar el territorio, de acuerdo a las dificultades que tal objetivo presentaba, se ha de pensar en gente acostumbrada a los rigores, trabajadores de a caballo y acostumbrados al uso de las armas. La disputa de las tierras con los indios,³⁹ originales señores

³⁷ Ver recuadro Costumbres relacionadas con la muerte.

³⁸ La población del partido de Ayacucho, de acuerdo al Censo del año 2001 es de 19.349 habitantes; había sido de 19.685 habitantes en el anterior Censo del año 1991.

³⁹ Ver Capítulo 3.



de las mismas, se prolongaron durante décadas. Se trataba de un enfrentamiento de aquellos en que la resolución pacífica es compleja, pues aborígenes y criollos se sentían con derecho a la ocupación. La preexistencia de las comunidades que habitaban la región desde hacía miles de años, no fue para gobernantes y propietarios un argumento suficiente para sostener legalmente el dominio. La movilidad de estos pueblos tampoco debe haber ayudado a la hora de reclamar por una situación en la que el Estado (Provincial y Nacional) tenía tomada una resolución de antemano.

Así presentadas las cosas, la vida en el territorio bonaerense al Sur del Río Salado sumaba a la precariedad que se desprendía de su lejanía de los centros urbanos y la dificultad de aprovisionamientos, un alto grado de tensión producto de una ocupación no reconocida por quienes sentían las tierras como propias. Los primeros años de vida ayacuchense están teñidos por algunos hechos de sangre que, en lo que respecta a la población, nos dan la pauta del tipo de persona que podía aventurarse en la tarea pobladora. A la manera que la vieja Roma forjó su grandeza desde el soldado-agricultor capaz de sostener a la vez el crecimiento económico y militar, los comienzos de la ocupación de estas tierras tienen que ver con un criollo que es jinete, trabajador de la ganadería y soldado al mismo tiempo. Son hombres acostumbrados al campo, que proceden del interior de la Provincia de Buenos Aires o de otras Provincias argentinas; con seguridad muchos habrán intervenido anónimamente en las luchas por la independencia, de una u otra forma. Cuando se realiza el primer Censo Nacional, tal migración interna se presenta claramente; además de los 4570 bonaerenses, los Partidos de Arenales y Ayacucho son residencia de 23 catamarqueños, 212 cordobeses, 6 correntinos, 4 entrerrianos, 22 mendocinos, 1 riojano, 11 sanjuaninos, 28 santafesinos, 8 salteños, 21 puntanos, 363 santiagueños, y 68 tucumanos.⁴⁰ De acuerdo al mismo Censo, vive también un "indígena", dato que contrasta con los 19 pampas que José Zoilo Míguens hace figurar en su Registro Estadístico de 1866.⁴¹ En total, más de setecientas cincuenta personas provienen de las provincias del Interior, cifra que supera el 12 % de la población total.

⁴⁰ *Primer Censo de la República Argentina. Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1872. Pág. 49.*

⁴¹ *Registro Estadístico de Buenos Aires, 1866, en Azeves, Angel Héctor, Ayacucho, Surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana, Op. Cit., Pág. 334.*



NEGROS Y MULATOS

No existen demasiados registros de la presencia de hombres y mujeres de raza negra en los orígenes de Ayacucho. Sin embargo, es necesario realizar algunas observaciones a esta afirmación inicial, pues el hecho de que no existan registros no quiere decir, en forma alguna, que tal población no haya existido.

Fundamentalmente nos referimos a los primeros tiempos, en que no existen datos ni de negros ni tampoco otros más generales. Sí sabemos que el interior de la Provincia se pobló con migraciones desde el norte, en donde la población negra era verdaderamente importante. De hecho, durante los primeros veinte o veinticinco años de poblamiento la esclavitud ni siquiera estaba expresamente prohibida por ley, hecho que quedará establecido con la sanción de Constitución Nacional en 1853. Según Pilar González Bernaldo (*) “una estimación mínima de la población negra y mulata para 1836-1838, la evalúa en un 24 o un 25 % de la población urbana(**)”. Esclavos o libertos, resulta difícil creer que una parte de esa masa de población no haya servido de alguna forma para integrar el proceso poblador para el que en sus comienzos no existían demasiados recursos humanos. Recordemos que en un Estado poco poblado, se hizo necesaria la ocupación de un espacio verdaderamente muy extenso. El carácter riesgoso de la empresa parece contribuir para que muchos de sus protagonistas pertenezcan a sectores marginales, e incluso sean esclavos en los primeros tiempos.

Crónicas, viajeros e incluso la literatura dan cuenta de la presencia de hombres de raza negra, resultando personajes habituales. Habiendo nacido en el país, se registran de acuerdo a su provincia de origen y muchas veces no se hace mención al color de la piel, que mucho más que de una cuestión racial nos habla de su “historia social”. Claro que en muchas ocasiones tal dato sí queda determinado en partidas de bautismo o defunción. Una famosa fotografía en la que un pequeño mulato abanica a un hacendado llamado Juan Vitón, constituye una fuente valiosa e incontrastable; José Hernández, en “Martín Fierro” y “La vuelta de Martín Fierro” menciona en más de un pasaje a pobladores negros de la pampa, siendo el negro de la payada a quien Fierro mata, el más conocido. En cada caso, su presencia es tomada como habitual y no parece constituir un hecho excepcional.

Si bien no contamos con datos específicos, en los sucesivos censos aparecen entre los habitantes pobladores brasileiros,



africanos, peruanos, norteamericanos y sobre todo muchos uruguayos u orientales, por lo que resulta más que factible que entre ellos hubiera negros o mulatos

Lo cierto es que en todas direcciones existen indicios muy sólidos que nos permiten afirmar que, a pesar de las dificultades documentales, debemos inclinarnos a pensar que en los primeros tiempos de la historia de Ayacucho, hombres de raza negra contribuyeron con presencia y trabajo a su desarrollo.



Don Juan Vitón en compañía de un niño mulato

(*) González Bernaldo, Pilar, Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX, en Devoto, F. y Madero M., Historia de la vida privada, Op. Cit. Pág. 148.

(**) Goldberg, Marta, Población negra y mulata de la ciudad de Buenos Aires. 1810-1840. Desarrollo económico, Volumen 16, N° 61, Buenos Aires, 1976.

Los migrantes extranjeros componen también una parte importante de aquella población registrada. El fenómeno inmigratorio constituirá en la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX un proceso esencial para entender la historia de la Argentina. Por una doble causa, de necesidad americana de población, y europea de expulsión ante una sobrepoblación que marginaba a amplios sectores sociales, el viejo Mundo vio emigrar a más de cuarenta millones de habitantes a lo largo del siglo XIX, emigración que se prolongó casi sin interrupciones hasta 1930 con la sola excepción de los años de la Gran Guerra. Por otra parte, aunque las magnitudes fueran menores, la llegada de extranjeros al Río de la Plata había comenzado mucho antes de lo que suele suponerse: “Aunque en el imaginario de los argentinos la inmigración europea comienza en la década de 1880, o a lo sumo en la etapa abierta con la derrota de Rosas en Caseros, el fenómeno reconoce raíces mucho más antiguas. Desde luego que estaba en lo cierto Bartolomé Mitre cuando indicaba a la inmigración como un fenómeno constitutivo de la sociedad argentina, desde sus mismos orígenes coloniales.”⁴²

En el caso de Ayacucho, el aporte de la inmigración europea estará por lo general de acuerdo con las condiciones generales que pueden apreciarse en el País. Transcurren unos treinta años entre el comienzo de la población efectiva y la fundación del Partido, con la que arribaremos a los primeros datos concretos acerca de la población. En ellos, la ausencia de una Parroquia y de Registros específicos nos limita a apreciaciones hipotéticas, que sin embargo pueden ofrecernos algunas nociones iniciales. Los datos de finales de la década de 1860, nos hablan de ese momento que, sin embargo, no es sino el corolario de los tiempos anteriores. Según el registro de 1866, y el censo de 1869, encontramos en el Partido la siguiente presencia extranjera:

	Registro Estadístico de 1866	%	Censo Nacional de 1869	%
Alemanes	5	0,61	15	1,71
Españoles	330	40,44	353	40,25
Franceses	313	38,36	282	32,15
Ingléses	37	4,53	11	1,25
Italianos	94	11,52	139	15,85
Otras naciones	37	4,53	77 ⁴³	8,78
Total	816		877	

⁴² Devoto, Fernando, *La inmigración, en Academia Nacional de la Historia, Nueva Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires, Planeta, 2000. Tomo 4, Pág. 77.*



Esta población presente en el momento de los primeros registros, nos habla de una llegada anterior, aunque es difícil determinar en qué momento lo hicieron. De todas formas, hay que pensar que la cifra es importante, superior a un 14 % del total, y que no es aventurado creer que el inicio de su llegada se remonte en el tiempo por varias décadas. A partir de esta fecha, su aumento será enorme, coincidiendo con la tendencia general del País.

Con respecto a tal proceso, existen similitudes y lógicas diferencias. La mayor de tales diferencias reside en las nacionalidades mayoritarias. En efecto, en 1869, la inmigración italiana es en el país considerablemente mayor a la de las demás nacionalidades, doblando con amplitud a la española y la francesa, que son los dos grupos que le siguen en los arribos. De acuerdo al Censo de 1869 hay en el país 71.442 italianos, 34.080 españoles y 32.383 franceses,⁴⁴ tendencia que en Ayacucho se invierte y los italianos son claramente la tercera parcialidad, aunque como veremos, los siguientes Censos modificarán esta particularidad hasta hacerla similar a la norma nacional. De igual forma, en estos primeros tiempos la lejanía con respecto al puerto y las dificultades para el arribo deben haber sido trabas difíciles de salvar y por lo tanto, la cantidad de extranjeros con respecto a la población total es considerablemente inferior a la media de la Provincia de Buenos Aires, que superaba los trescientos cada mil habitantes.⁴⁵

Los motivos por los cuales aquellos hombres y mujeres llegaban a Ayacucho son variados. La inserción en el sudeste de la Provincia de Buenos Aires reconoce una escala muy habitual en la ciudad de Dolores, desde donde muchos se direccionaron hacia diversos puntos. Esta escala los ponía en conocimiento de la oferta de posibilidades que podía encontrarse en sitios más lejanos. Tal hábito se hizo aún más común cuando la ciudad de Dolores se transformó en cabecera de la vía del Ferrocarril Sud, en 1874.

⁴³ *En el Registro Estadístico no se hallan discriminados por nacionalidades. En el Censo, la cifra total se compone de 4 suizos, 5 portugueses, 3 de otros países europeos, 2 bolivianos, 2 brasileros, 16 chilenos, 1 norteamericano, 52 uruguayos, 22 paraguayos y 1 de otros países americanos.*

⁴⁴ *Primer Censo de la República Argentina. Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, 1872. Pág.31.*

⁴⁵ *Era de 305 extranjeros cada mil habitantes. Hay que recordar que por entonces la Provincia de Buenos Aires incluía a la ciudad – puerto del mismo nombre –, por la que entraban los inmigrantes y de la cual, en muchos casos, nunca se iban.*



Fotografía de inmigrantes italianos (izq., de apellido Contino) y españoles (der., familia González Cambión).

Fotografías: gentileza Museo Histórico Regional de Ayacucho

Anteriormente, en la misma situación había estado Chascomús, adonde la punta de riel estuvo en 1865.⁴⁶ La escala en alguna de estas ciudades menos lejanas del Puerto y también más grandes que Ayacucho, está presente en los comienzos de la historia de muchas familias ayacuchenses.⁴⁷

Sin lugar a dudas, en muchos casos funcionó luego de la acción pionera de algún aventurero, lo que se ha dado en llamar “Cadena de solidaridades”. Expresada en forma sencilla, tal cadena funcionaba cuando al llamado de los primeros inmigrantes llegaban parientes, amigos y paisanos con un recepción segura. En líneas generales el llamado se producía ante la abundancia de trabajo o la existencia de posibilidades económicas en la región desde la que se convocaba. La numerosa presencia de franceses tiene que ver con el asentamiento de un gran número de vascos, muchos de los cuales llegaron por el contacto con algún coterráneo.

También la aventura plena o alguna oferta en el Hotel de Inmigrantes han sido causa del arribo, e incluso el azar o la casualidad ha influido en otros. (Ver recuadro “Costa de mar”)

⁴⁶ *El avance del Ferrocarril Sud puede consultarse en el capítulo que escribe Zulma Canero; otra bibliografía al respecto puede ser Desde la Tierra, (citado en la bibliografía) en lo que respecta a la evolución específica en Ayacucho, u obras generales como la de Ferns, H.S., Argentina y Gran Bretaña en el siglo XIX, ó el artículo de Colin Lewis, Consolidación de la frontera Argentina, en Ferrari, G. y Gallo, E., La Argentina del ochenta al Centenario, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.*

⁴⁷ Puede verse “Desde la Tierra”, capítulos 5 a 9.



COSTA DE MAR (*)

Antonio Urresti llegó al País cuando mediaba la segunda mitad del siglo XIX. Alojado en el Hotel de Inmigrantes, los cinco días permitidos se le terminaron tan rápido que apenas pudo darse cuenta. Urgido en una decisión que podía definir su vida, sin contactos y sin conocimientos previos del País al que llegaba, decidió jugar su suerte apostando al sentido común. No tenía más alternativa que jugarse, e ir a algún sitio en el que valiera su experiencia previa. Una vida en la costa galaica, entre pescadores y barcos no podía haber pasado en vano. Buscaría un lugar similar.

Decidido, se paró frente a un empleado que le recitó los posibles Partidos de destino en la provincia de Buenos Aires, a los que escuchó nombrar sin que le dijeran nada especial:

-25 de Mayo, 9 de Julio, Maipú, Ayacucho, Pila, Ranchos, Gral. Pueyrredón, Balcarce...

De pronto su cara se iluminó pues mágicamente apareció la solución de sus problemas:

-Arenales –dijo el empleado-

-Ese es mi lugar ¿Cómo hago para dirigirme allí?

El empleado le explicó y para el lugar partió.

-Si es Arenales tiene que ser costa de mar, pensó. Así, fruto de la casualidad y la ignorancia llegó Antonio Urresti. ¿Qué tan grande habrá sido la decepción cuando en lugar del Océano Atlántico se encontró con el arroyo Tandileofú? No lo sabemos. Pero sí sabemos que no se fue porque hacían falta carpinteros. La gente se moría y no había quién hiciera los cajones. Tiempo más tarde le reclamaron que comprara un carro para llevarlos hasta el Cementerio. Fruto de la casualidad y las necesidades nació entonces la “Casa Urresti”, empresa funeraria que es uno de los comercios más antiguos de Ayacucho.

(*) Relato conservado en el seno de su familia, que llegó a nosotros a través de Héctor Argel (Tito), y puede encontrarse en el Archivo de la Palabra, Ayacucho, Biblioteca Pública y popular Municipal “Manuel Vilardaga”, 1997.



Desde 1869 en adelante, el arribo de extranjeros no se detendrá por varias décadas. Con la sola excepción de los años de la Primera Guerra Mundial que incluso registran un saldo negativo, hasta 1930 los inmigrantes siguieron llegando a la Argentina y también a Ayacucho. El proceso implicó enormes cambios pues la presencia de las comunidades fue cada vez mayor hasta generar una sociedad en la que la mayor parte de los habitantes eran extranjeros o argentinos de primera generación –es decir, hijos de extranjeros-. La conducción de tal sociedad encontró enormes dificultades y sin lugar a dudas, el sistema educativo estatal y los procesos de alfabetización y escolarización jugaron un papel trascendente en la generación de pautas para “argentinar” ese torrente humano que llegó con diferentes idiomas y costumbres.

En Ayacucho la situación no fue demasiado diferente. Veamos la evolución de la cantidad de extranjeros con respecto a la población total:

Registro	Cantidad de habitantes	Extranjeros	Porcentaje
Censo Nacional de 1869	6.246	877	14,04 %
Censo Provincial de 1881	11.216	3719	33,16 %
Censo Nacional de 1895	12.511	3297	26,35 %
Censo Nacional de 1914	15.188	3040	20,01 %
Censo Nacional de 1947 ⁴⁸	19.621	1476	7,52 %

A estos porcentajes de población extranjera, por cierto altísimos, debe sumarse que sus hijos por lo general vivían en un debate permanente entre la cultura de sus padres y la del territorio que los había visto nacer. Dos mundos que entraban en disputa y de los cuales ellos quedaban siempre en el medio. Todos estos años son aquellos en los que se gesta una sociedad distinta, nueva, con diversas pautas culturales. Será en gran parte la que hoy consideramos como propia y que deviene de una época en la que las tensiones tienen que haber sido numerosas, y las relaciones bastante más complejas que las que sugería un pacífico “crisol de razas”.

⁴⁸ La población actual del partido de Ayacucho, de acuerdo al Censo del año 2001 es de 19.669 habitantes



El arribo de los inmigrantes se produjo generalmente al Puerto de Buenos Aires. Desde allí los extranjeros buscaban el destino final dentro del país.



Los foráneos que eligieron quedarse en la ciudad de Buenos Aires, encontraron en los "conventillos" una solución al inicial problema de falta de vivienda

Como puede verse en el cuadro, la llegada de extranjeros se mantuvo aunque el pico de población foránea se encuentre en el Censo Provincial de 1881. Las colectividades más numerosas siguen siendo hasta 1930 las de españoles, franceses e italianos, aunque desde el Censo Nacional de 1895 estos últimos desplazan del segundo lugar a los franceses, provenientes en su casi totalidad de las provincias vascas, en los Pirineos. El aporte demográfico de estas nacionalidades en el tiempo es el siguiente:

Registro	Argentinos	Españoles	Franceses	Italianos	Otros europeos	Americanos
1869	5338	353	282	139	38	96
1881	7497	1571	983	922	85	156
1895	9224	1239	708	1108	126	106
1914	12148	1278	340	1096	143	109

Fuente: Censos Nacionales y Provinciales. El Censo de 1947 no especifica en su resumen las nacionalidades. Hay entonces 18.145 argentinos, 1328 europeos, 4 africanos, 1 oceánico, 71 asiáticos y 72 americanos.⁴⁹

Los españoles aparecen como el núcleo más firme en la zona, y son una mayoría entre los extranjeros durante todo el período. En este aporte, resalta la presencia de migrantes de las provincias vascas, y en su preeminencia puede percibirse el funcionamiento de las “cadenas de solidaridades”. Los puertos de partida de vascos españoles y franceses son por lo general Burdeos y Paulliac, en Francia, y Bilbao en España, aunque en muchos casos hay partidas de Barcelona, en Cataluña, y Vigo y La Coruña en Galicia. Más allá de estas posibilidades, Burdeos es la principal vía aún para españoles: “Hacia 1860, la creación de una línea de vapores que unió Burdeos con Buenos Aires acentuó esta emigración vasca que aumentó aún mucho más hacia 1866.”⁵⁰

Españoles, franceses e italianos, asentados en su nuevo espacio, se agruparon para autoprotegerse en las Sociedades de Socorros Mutuos que, como su nombre lo indica, tenían la principal finalidad de unir a las colectividades para actuar como

⁴⁹ Cabe decir que la inmigración reciente presente en el Censo nacional de 1947 puede diferenciarse claramente de la anterior a 1930. En estos casos, la Segunda Guerra Mundial y la crítica situación de posguerra aparecen como la causa de expulsión principal; la Guerra Civil española, algunos años antes, actuó en forma similar y aún viven en Ayacucho integrantes de estas migraciones.

⁵⁰ Daireaux, Emilio, Buenos Aires, La Pampa et La Patagonia, Paris, 1877, en Azeves, A.H., Ayacucho, surgimiento y desarrollo....Op. Cit. Pág. 264.



resguardo ante las contingencias que podían presentarse. La Sociedad Española de Socorros Mutuos fue fundada en 1888, al igual que la francesa, mientras que la Sociedad Italiana “Unione e Benevolenza” se formó un año más tarde.⁵¹

En líneas generales, los grupos predominantes son coincidentes con la tendencia nacional, con la particularidad de la hegemonía española por sobre la italiana. Los arribos al País, por nacionalidades y porcentajes, pueden apreciarse en el siguiente cuadro:

Quinquenios	Italia	España	Francia	Gran Bretaña	Austria-Hungría	Rusia – Polonia	Sirio libaneses	Otros
1871-1875	55,8	19,2	15	3,8	0,4	-	-	5,8
1876-1880	61,8	14,3	9,3	3,4	3,3	-	-	7,9
1881-1885	71,6	9,1	8,3	2	2,2	-	-	6,8
1886-1890	53	23,1	12,4	1,9	2	-	-	7,6
1891-1895	67,8	15,4	4,8	0,6	1,1	-	-	10,3
1896-1900	64,2	23,1	3,5	0,6	1,5	-	-	7,1
1901-1905	54	26,9	4,5	0,8	2,7	1,9	1,3	7,9
1906-1910	40,9	40,9	1,6	0,7	1,9	5,2	4,1	4,7
1911-1914	29,9	47,5	1,8	0,8	1,7	5,6	6	6,7

Fuente: Vázquez Presedo, V., Estadísticas históricas argentinas (comparadas) Primera parte (1875-1914), Buenos Aires, Machi, 1971. Adaptado por Ernesto Meader, Población e inmigración, en Ferrari, G. y Gallo, E., La Argentina de ochenta al centenario, Op. Cit., pág. 566.

El Censo de 1914 presenta una particularidad con respecto a los anteriores. Puede notarse en él una gran diversificación de nacionalidades europeas y, sobre todo, una notable llegada de “otomanos”. A diferencia de los anteriores en que los europeos llegaban desde unas pocas naciones, en 1914 viven en Ayacucho 14 alemanes, 19 austrohúngaros, 11 belgas, 2 búlgaros, 5 daneses, 2 griegos, 26 ingleses, 4 montenegrinos, 8 portugueses, 2 suecos, 46 rusos y 2 suizos. De la misma forma, la presencia turca había sido casi imperceptible hasta entonces, en que se registran 72 otomanos, coincidiendo con la tendencia nacional en que tal nacionalidad aparece con cifras significativas luego de 1900.

La inmigración, a pesar de las seguridades que podían brindar las colectividades asentadas previamente, fue mayoritariamente masculina en todo el período 1869-1930, aunque con el paso del tiempo la cantidad de mujeres extranjeras crece hasta asentarse en un porcentaje cercano al 30 %.

⁵¹ Sobre la historia de estas sociedades de Socorros Mutuos, ver el capítulo 5.

Registro	Inmigración total	Inmigración femenina	Porcentaje
1869	877	139	15,9 %
1881	3719	975	26,2 %
1895	3287	1070	32,55 %
1914	3040	947	31,15 %
1947	1476	475	32,18 %

Esta mayoría de extranjeros de sexo masculino resulta decisiva para que el porcentaje de masculinidad en la sociedad ayacuchense haya sido siempre superior al 50 %, variando desde un 59,52 % en 1869, hasta una casi paridad en 1947. (52,67 %)

La orientación con respecto a los trabajos de los inmigrantes es muy variada, aunque pueden percibirse oficios comunes o más habituales para cada colectividad. Entre los vascos, la actividad rural resultó la elección más común y pueden encontrarse innumerable cantidad de casos en los que tal opción se hizo realidad.⁵² Los sistemas de aparecería, en sus distintas formas y fundamentalmente relacionados con la cría de ovinos, fueron el camino que transformaron a muchos de ellos en ganaderos primero y en propietarios rurales más tarde. Muchas veces se ha relacionado a los integrantes de esta comunidad con la actividad lechera, y también de tal ocupación hay ejemplos numerosos. Tenía sobre las otras actividades la ventaja de una menor necesidad de capital inicial, pues con una quinta y unos pocos animales se podía comenzar el emprendimiento. Sabemos también que los primeros ladrilleros en Ayacucho fueron vascos y no faltaron tampoco algunos comerciantes vascos, tanto franceses como españoles. La panadería de los hermanos Mollard es pionera en su rubro, y el primer panadero es, según Hermenegildo Italiano citado por Azeves,⁵³ Esteban Aimat, que se alejó del pueblo en 1868. En las actividades industriales también se destacan franceses tales como Luis Bousom o Juan Labat. Entre quienes instalan hoteles o posadas aparecen otros como José Lalanne, Pedro Cambet y Juan Vignoles.

Entre los españoles procedentes de otras zonas tales como Galicia o el sur, son muchos los casos de comerciantes que encontraron en la ciudad apenas fundada un campo propicio para actividades diversas.⁵⁴

⁵² Puede verse las historias personales de muchos de ellos en Zubiaurre, Pablo, *Desde la Tierra*, Op. Cit.. Caps. 5 a 10. Por ejemplo los hermanos Sarasola, Etchepare, Lezama, etc.

⁵³ Azeves, Ángel Héctor, *Ayacucho, Surgimiento y desarrollo de una...* Op. Cit., pág 234.

⁵⁴ Por ejemplo, Francisco Agesta que abrió el Hotel del Comercio.



Los italianos realizan un aporte considerable en lo que respecta a profesiones y oficios tales como los relacionados con la construcción y también en el comercio. Mucho antes que la inmigración turca llegara a estos lugares, se recuerda a los vendedores ambulantes identificándolos directamente con migrantes italianos. (Ver recuadro “Ahí viene un italiano”).

Hermenegildo Italiano

AHÍ VIENE UN ITALIANO (Selección)

“Antes de que el tren llegara a nuestras tierras y, sobre todo, cuando nuestros campos empezaron a poblarse con estancuelas o caserías diseminadas de lejos en lejos, la vida no era tan cómoda como se nos presenta hoy. La escasez de habitantes traía aparejada la escasez de comercios. Hoy, a cada legua aparece una esquina de campo, donde el vecindario y los transeúntes pueden adquirir los más variados artículos sin necesidad de salvar largas distancias. Por este motivo, entre el 64 y el 80 {...}el mercachifle adquiría en nuestra campaña una importancia excepcional. La gente, muchas veces necesitada de vituallas y otros artículos atisbaba el horizonte en procura de noticias, resultando siempre motivo de alivio el hecho de descubrir la llegada de un mercachifle o de un “cajonero”



H. Italiano

Cuando uno se divisaba a lo lejos decía por hábito la gente y no pocas veces palmoteando: “ahí viene un italiano”. Los mercachifles marchaban con carros atestados de mercaderías. Cuando el mercachifle se encontró en el apogeo de su florecimiento, fue por el año 70. Llegaban desde las localidades vecinas, entre otras Dolores y Chascomús, a cuyas ciudades debe mucho nuestro primer crecimiento.

Entre los mercachifles más antiguos y populares, se encuentran Don Nicolás Galante. Por esa época recorrían también en sus carros nuestra campaña un tal Marinelli que a la par que vendía quincallas, remendaba zapatos, por ser ese su oficio, y Don Octavio Logiúdice, vendedor como el primero y “tachero” de profesión.

Aparecido en La Voz de Ayacucho, el viernes 20 de enero de 1939.

Otras nacionalidades realizan aportes menores; como sucede en otros sitios de la Provincia de Buenos Aires, entre los británicos aparecen médicos, tan escasos en aquel entonces, representados en Ayacucho por el Doctor Robert Alexander.

Otro fenómeno que resulta indispensable analizar para hablar de las características que la sociedad ayacuchense tuvo en sus comienzos, y las formas en las que las fue modificando, es la relación existente entre la población urbana y la rural. De acuerdo a los Registros oficiales, la variación de dicho índice es la siguiente:

Registro	Población urbana	%	Población rural	%
Censo Nacional de 1869	748	11,98	5498	88,02
Censo provincial de 1881	2830	25,23	8386	74,77
Censo Nacional de 1895	3444	27,53	9067	72,47
Censo Nacional de 1914	6385	42,04	8803	57,96
Censo Nacional de 1947	9220	46,99	10401	53,01

De acuerdo a este cuadro, es muy clara la tendencia que se mantuvo firme con respecto a un progresivo índice de urbanización, desde los orígenes hasta 1947, y que sin ser motivo de estudio en este trabajo, podemos decir que se prolonga hasta el presente aun en forma aún más pronunciada.⁵⁵

Dicho proceso puede evaluarse de diferentes formas; los avances técnicos, los cambios en la producción, los adelantos de la ciudad que impulsan a vivir en ella, la diversificación del trabajo urbano, la mejora en los transportes, los atractivos propios de la vida urbana y la escolarización de los hijos, entre otras razones, invitan a las familias a trasladarse a la zona urbana o suburbana.

Durante los primeros años, la aparición e implementación del alambrado significó un adelanto considerable e implicó una menor necesidad de mano de obra en las grandes estancias, aunque la subdivisión de las mismas y la proliferación del lanar ayudaron a que dicha prescindencia no resultara tan definitiva para la disminución de la población rural.

El crecimiento de la población, la organización del Estado municipal y las actividades propias de vida ciudadana, los

⁵⁵ De acuerdo al Censo de 2001, la población urbana es de 15.790 habitantes, y la rural es de 3.879.



servicios tales como la medicina, la seguridad o la educación, las variaciones en actividades tales como la construcción, o la llegada del ferrocarril resultaron fuentes laborales que atraieron al menos a la mayor cantidad de los pobladores que iban llegando, pues como puede verse, aún en disminución de su importancia relativa, la población rural se mantiene en crecimiento durante la primera mitad del siglo XX.

Precisamente, el aumento de la población urbana dará lugar a la diversificación de las actividades comerciales, laborales, culturales, políticas, sociales y deportivas, dotando a la joven ciudad de un atractivo que progresa con el tiempo.



Integrantes de la Familia Eseverri, a comienzos de siglo XX. La inmigración española fue quien hizo el aporte mayoritario de población en Ayacucho.

Foto: gentileza Museo Histórico Regional.

3. La salud en el primer Ayacucho

El tema de la salud no puede subestimarse. Al respecto, hemos realizado un estudio sobre las condiciones sanitarias en los comienzos de la historia ayacuchense que, creemos, habla claramente de cómo era la vida por entonces en este aspecto.

Con anterioridad a la fundación del pueblo de Ayacucho, el servicio sanitario más próximo era el Hospital “San Roque”, en la ciudad de Dolores. A pesar de la antigua fundación de Tandil,⁵⁶ tal ciudad no contaba con un servicio hospitalario ni nada similar, aunque sí contara con médicos, profesionales que mucho costó conseguir para Ayacucho.

El Hospital “San Roque” recibía a los enfermos, en un principio, sin ninguna contraprestación: “Dolores, generosa y desinteresadamente abría sus brazos hospitalarios a Ayacucho como a un hermano menor, y no hay conocimiento de que las puertas de su casa de salud se cerraran en ningún caso y a ninguna demanda.”⁵⁷ Los pobladores que hasta allí llegaban, puede tenerse por seguro, no eran la mayoría sino una pequeña proporción, teniendo en cuenta algunas costumbres de las que ya hemos hablado y las terribles dificultades –al menos hasta 1881 en que llegó el ferrocarril a Ayacucho- que el viaje en carretones u otros vehículos similares acarrea para un enfermo y su familia.

Creado el Partido y constituidas sus autoridades, la dirección del servicio consideró justo solicitar al nuevo municipio un aporte monetario para su mantención: “Leída en la reunión municipal del 19 de noviembre de 1876 'una nota del presidente interino del Hospital San Roque establecido en Dolores en la que pedía a esta Municipalidad se inscribiera con la suma de quinientos pesos mensuales para el sostenimiento de dicho hospital, por cuya mensualidad la Municipalidad tendría franqueadas sus puertas para todos los enfermos de este Partido, sea cual fuere su

⁵⁶ De acuerdo a R. Gorraiz Beloqui, *el Hospital Municipal Ramón Santamarina, de Tandil, fue fundado en 1909, erigido a expensas de Ana Yrasusta, esposa de aquel de quien llevara nombre el Nosocomio.*

⁵⁷ Italiano, Hermenegildo, *Cuando no teníamos hospital. Ayacucho, La Voz de Ayacucho, 1940. Capítulo 331.*



número', la Municipalidad no hizo lugar teniendo en vista hacer ella un hospital."⁵⁸

Sin embargo, la construcción y puesta en funcionamiento de un nosocomio no era una tarea fácil para un municipio de tan reciente creación. De acuerdo a Italiano, en 1877 se puso en funcionamiento un primer establecimiento de caridad aunque este no pertenecía al Municipio sino a miembros de la comunidad española: En 1881, [...]Ayacucho poseía dos establecimientos de caridad: El Asilo Español, y el Hospital Español. Como sus respectivos nombres lo indican, ambas casas tenían por misión el tributar el bien al prójimo y ambas estaban dirigidas por miembros de la colectividad española."⁵⁹ De acuerdo a Italiano, no existía buena relación entre ellas y el nombre no implicaba la acción de la Sociedad Española, aunque en ocasiones esta Institución mediara ente ambas.⁶⁰ El Hospital Español tuvo una vida efímera, ubicado en la intersección de las actuales calles Irigoyen y España, esquina Sur, y desaparece una vez que se concreta la fundación del Hospital Municipal.

La fundación de tal Hospital se demoró mucho más de lo que los optimistas municipales de 1876 creyeron que tardaría y con seguridad, su negativa de entonces a contribuir con el Hospital de Dolores haya hecho que los enfermos que desde aquí llegaran tuvieran problemas al ingreso. Así fue que en abril de 1882 se revisó la medida y se decidió hacer una donación de mil pesos "en vista de que careciendo esta Corporación de un hospital donde asistir a los enfermos pobres de solemnidad, se ve en la necesidad de remitirles al asilo San Roque de la ciudad de Dolores donde generosamente son asistidos."⁶¹ La medida, que reparaba la anterior decisión, fue también un aliciente para redoblar esfuerzos en la fundación del Hospital propio.

La demora, sin embargo, era previsible. Baste para comprenderla con revisar las dificultades que atravesó la Corporación

⁵⁸ Azeves, Héctor Angel, *Ayacucho, surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana*, Op. Cit, pág. 216

⁵⁹ Italiano, Hermenegildo, *El primer Hospital, Ayacucho, La Voz de Ayacucho*, 1937. Capítulo 27.

⁶⁰ Italiano, Hermenegildo, *El primer Hospital. Ayacucho, La Voz de Ayacucho*, 1937. Capítulo 27.

⁶¹ Acta de la corporación Municipal, citado por Azeves, Angel Héctor, *Ayacucho, surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana*, op. Cit., pág. 217

Municipal para conseguir un médico titulado. La región estaba aún muy alejada de los centros poblados de importancia y no atraía demasiado a profesionales que, por su escaso número, tenían múltiples posibilidades de elección. El Censo Nacional de 1869 registra sólo 43 médicos para toda la zona Sud, que incluía una vasta región desde Barracas al Sud y Quilmes hasta Bahía Blanca y Carmen de Patagones.

Más allá de las dificultades, la presencia de un médico resultaba indispensable para un Partido que ya contaba con más de seis mil habitantes, y será el propio Míguens el primero en manifestarlo en 1866.⁶² Aunque el hospital de Dolores atendiera correctamente, o que Tandil contara con algún médico, las distancias de entonces eran una verdadera complicación para algunos, y un obstáculo insalvable para otros. Tampoco había nombrado un médico de Policía aunque en la localidad ya viviera Federico Lieppe, quien oficiaba como tal. Sin embargo, el gobierno provincial no preveía partidas presupuestarias para tales fines y Lieppe, alemán de origen, no tenía título nacional, lo que resultaba un motivo excepcional para denegar el pedido. El objetivo real era que los municipios pagaran sus médicos y todo motivo era válido para desestimar los pedidos. El Gobierno provincial también daba sus primeros pasos en la organización de un territorio que comenzaba a gobernar efectivamente, y existían muchos aspectos no previstos.

Tres años más tarde, el entonces Juez de Paz y Presidente de la Corporación Don Felipe Brizuela propone la contratación de un médico titulado que vendría a Ayacucho si se le subvencionaba con la suma de \$ 1.500 durante seis meses, medida que contó con la oposición de José M. Muñoz –miembro de la corporación- que consideró que el desembolso debía hacerlo el vecindario. Aprobada la propuesta a pesar de la oposición mencionada, nunca se concretó, posiblemente porque Muñoz logró que la subvención se pague sólo por tres meses. Un año más tarde Lieppe ofreció sus servicios al municipio a cambio de una subvención, pero luego de algunos trámites terminaron por ignorarlo ante un pedido del consejo de Higiene, y en esa sesión se resuelve “que si mientras no se encuentra un médico recibido la Municipalidad se ve en la necesidad de proveer esta plaza con

⁶² Citado Por Azeves, A.H., *Ayacucho,...* Op. Cit. Pág 199. Igualmente, las vicisitudes por la incorporación de un médico están detalladas en esta obra con precisión, por lo que aquí sólo mencionaremos sus pasos fundamentales.



algún inteligente, sea con la cláusula de mientras no halle médico⁶³ En noviembre de 1870 se entregó el cargo a Guillermo Bayley, con un pago de mil pesos durante dos meses. Al año siguiente vuelve a presentarse pero compite con Daniel Zeta, y aparece otro conflicto que decide al municipio a tomar medidas drásticas, pues todos los desembolsos se hacían sin que el partido contara con un médico titulado. En tal oportunidad se dirige la Corporación a la Facultad de Medicina ofreciendo veinte mil pesos de prima al médico recibido que se instalara en la ciudad. Sin embargo, nadie se presentó.

En 1874, será nuevamente Federico Lieppe quien se presente para el cargo, para el que ahora lo contratarán incluyendo también la responsabilidad como médico de policía. Había logrado su objetivo, pero la alegría duraría sólo hasta junio, mes en el cual llega Adrán Botana, con títulos que lo acreditaban sobradamente para el cargo, aunque no la titulación nacional. El cargo de médico de policía lo ocupó como idóneo Jorge Pol y Rodríguez.



Adrián Botana

“Hacia ya más de diez años que el fundador había afirmado en nota al Ministro de Gobierno que “un médico es de toda necesidad en este naciente pueblo” cuando, el 25 de enero de 1877, la Corporación tomaba conocimiento de la nota en que

⁶³ *Acta de la Corporación Municipal. Ayacucho, 7-08-1870.*

Jacobo Z. Berra pedía la plaza de médico municipal ofreciendo “suministrar gratuitamente la vacuna necesaria” y manifestando “haber terminado la carrera de medicina en Buenos Aires. [...] Tenía pues, el pueblo, un médico recibido en el país.”⁶⁴

A partir de entonces, otros médicos llegaron a la ciudad acompañando su crecimiento demográfico, sobre todo a partir de la llegada del Ferrocarril que garantizaba un rápido desplazamiento desde las ciudades del norte. El mismo año llegó Baldomero Barañano, con título de la Facultad de Madrid y en los años siguientes arribaron otros como Roberto Alexander, Ezequiel Meira, Camilo Fernández Gil, Gregorio García Hernández, José Luis Molina, José García o Severiano Pérez Redondo. Finalmente, entrado el siglo XX, la plaza se volvió lo suficientemente atractiva para que otros galenos llegaran a instalarse o incluso, para que hijos de Ayacucho estudiaran y regresaran a ejercer la profesión. Lorenzo Equioiz, Ricardo Malbrán, Luis Vanasco, Egidio Ciaño y Angel Rodini son ejemplos de la pujanza de la actividad.



Jacobo Z. Berra
Foto: A. G. N.

Precisamente el Doctor Roberto Alexander, será uno de los grandes impulsores del Hospital en tiempos en que presidía la Corporación Don Manuel Martínez, aunque su concreción corresponda a la gestión de Juan José Biedma, y haya sido Jacobo Berra el principal protagonista. La disputa ocasionó extensas discusiones, renunciaciones, comisiones y nuevas comisiones que se ha preocupado en describir con detalle el Profesor Azeves.⁶⁵

⁶⁴ Azeves, Héctor A., *Ayacucho, surgimiento y ... Op. Cit.*, pág 204

⁶⁵ Azeves, Héctor A., *Ayacucho, surgimiento y ... Op. Cit.*, págs. 216-222.



EL DOCTOR ALEXANDER

El Doctor Roberto Alexander fue, sin dudas, uno de los pioneros de la medicina en nuestro pueblo. Sin embargo, no mucho se sabe de él. Por tal motivo incluimos aquí una selección de dos relatos de Hermenegildo Italiano que hablan de su calidad como persona el uno, y relata una anécdota simpática, el otro.

“La caridad médica no es de hoy en nuestro pueblo. La conocemos desde hace muchos años. (...) Alexander fue su precursor y los vecinos que retrocedan en sus recuerdos al año 1890, se lo representarán tal cual era. Hombre, por su carácter, a la antigua, que no convertía su apostolado en un mercado de valores, que prodigaba el bien a manos llenas y que siempre estaba allí, puntual, donde el dolor lo llamaba y el deber lo obligaba a concurrir. No guardamos memoria que jamás escudriñara en el bolsillo de los pacientes.

Después de su termómetro y su lanzeta, le atraía la levita, el bastón y la galera de “siete pisos” que no abandonaba jamás, como no abandonaba su redonda barba llena y su proverbial saludo, cuando llegaba a cualquier reunión: -¿Qué dicen los pueblos?” (*)

A raíz de este saludo que lo distinguía, surgió la anécdota que también narra Italiano en otro artículo posterior, en el que describe la llegada del Doctor al Hotel “La Paz” (**), de Joaquín Arnaut, en donde cada día se reunía con un grupo de gente que allí compartía una mesa en la que tomaban algo y dialogaban sobre los sucesos del pueblo. Según Italiano, un día llegó Alexander y saludó como cada día:

“-¿Qué dicen los pueblos?

Antonio Sens, que está enterado de no sabemos qué andanzas nocturnas y húmedas del galeno, responde prestamente a su saludo:

-Los pueblos dicen que el Doctor Alexander anoche andaba borracho.

Estalla una risotada general. La ocurrencia de Sens no es solamente reída sino que festejada. A Alexander le brillan los ojos como dos onix y coordina rápidamente la respuesta. Mientras mide el piso a grandes trancadas responde menando la cabeza, allí donde ha reinado siempre un ambiente lleno de simpatía y culta cortesía.

-¡Ajá! ¡Con que eso dicen los pueblos! ¡Pues díganle a los pueblos que se vayan a la punta de tal por cual! (***)” (****)

Hermenegildo Italiano

(*) Italiano, Hermenegildo. Recuerdos de Antaño N° 111. Ayacucho, La Verdad, 1937.

(**) El Hotel La Paz estaba ubicado frente a la actual Municipalidad, donde hoy se encuentra “Sportsman”

(***) Está claro que la frase de Alexander terminó con la p... que los parió.

(****) Italiano, Hermenegildo. Recuerdos de Antaño. N° 127. Ayacucho, La Verdad, 1938.



Sin embargo, antes de que se fundara definitivamente el Hospital Municipal, la situación sanitaria obligó a la instalación del primer Lazareto de Ayacucho. Los lazaretos eran instalaciones en las cuales se aislaba a los enfermos con patologías que no podían curarse y, en su aislamiento, pretendían circunscribir las consecuencias del contagio y evitar que el mal se propagara.

El escritor Abel Bruno menciona que “en los comienzos del año 1883, empiezan a producirse algunos casos de viruela. Como el número de enfermos aumenta, la Corporación Municipal decide, con fecha 14 de mayo de ese año, alquilar una casa como Lazareto, suministrando esta corporación los remedios gratis y víveres. Para tal fin ocupó una propiedad que estaba ubicada en las esquinas de las actuales calles Poderoso y Moreno, lado sur.”⁶⁶ En realidad, la viruela estuvo presente en Ayacucho desde mucho tiempo antes y no fue 1883 un año particularmente virulento, como podrá verse más adelante. La creación del lazareto es más un síntoma de la mayor capacidad de ejecución que el municipio tenía cada año. Distinto será el caso del lazareto que se crea en 1890 y del que nos ocuparemos más adelante.

Finalmente, el Hospital de Caridad de Ayacucho se inauguró en diciembre de 1884, bajo la dirección del médico uruguayo Jacobo Z. Berra. Las particularidades de esta fundación han sido abordadas por Azeves y, en este trabajo, Zulma Canero retoma el tema en el marco del crecimiento de la ciudad. El Hospital original, ubicado en el mismo sitio en el que hoy se encuentra,⁶⁷ distaba mucho del actual en cuanto a sus dimensiones, pero fue absolutamente precursor en toda la zona sudeste de la Provincia de Buenos Aires y prontamente fue ampliado pues además de cumplir su función para Ayacucho, se preveía una cobertura para los Partidos vecinos que, en todos los casos, carecían de nosocomio. En 1886, Berra solicita por nota al Ministro Gonnet la designación de Hospital departamental pues para ese entonces “basta no sólo a Ayacucho sino también a Balcarce que envía sus enfermos mediante una subvención mensual, lo cual también harían las Municipalidades de Rauch, Lobería, Necochea y Mar Chiquita para que se admitan sus enfermos pobres” y vaticina que “la creación de un Hospital departamental en Ayacucho puede prestar importantísimos servicios a los partidos

⁶⁶ Bruno, Abel, *Ayacucho, sesenta leguas al sur.....* Pág. 55

⁶⁷ *La propiedad en la que comenzó a funcionar fue primeramente alquilada, y posteriormente adquirida por el municipio. Se trataba de una quinta de cuatro hectáreas que había pertenecido a Don Miguel Alday.*



más inmediatos como ser Maipú, Vecino, Rauch, Tandil, Balcarce, Necochea, Lobería y Mar Chiquita que carecen de esa clase de instituciones.⁶⁸ Las necesidades para tal fin eran razonables y la Provincia accedió modificando levemente los planos presentados y sugiriendo cambios por una comisión técnica en la que se destaca el nombre de Pedro Benoit. Ayacucho tuvo entonces no sólo un Hospital, sino que el mismo era único en toda la zona.



Hospital Municipal a comienzos del siglo XX
Foto gentileza: Museo Histórico Regional de Ayacucho

Como habíamos mencionado con anterioridad, 1890 fue un año particularmente complicado para la salud de Ayacucho por la gran epidemia de viruela que la azotó. Ni el viejo Lazareto, ni el nuevo Hospital servían para hacer frente a una enfermedad que diezmo la población impiadosamente. El carácter terminal que habitualmente revestía el mal condujo a la creación de un segundo Lazareto, más retirado del centro de la ciudad. Se lo ubicó en la Quinta 44 y su construcción fue inicialmente muy precaria aunque más grande que el anterior Lazareto, y se fue ampliando hasta ser definitivamente finalizada la obra en 1898. El objetivo de los Lazaretos fue más el de “contener” que el de curar, tarea que se imponía por la imposibilidad técnica de sanar a los enfermos. Incluso, en el drástico año de 1890, los fallecidos se cremaban en un gran foso dentro de la misma quinta ante la

⁶⁸ Carta de Jacobo Z. Berra al Ministro Manuel B. Gonnet. Ayacucho, 9-01-1886.

resistencia de sus familiares.⁶⁹ Los lazaretos no sólo recibían enfermos de viruela sino también de otras enfermedades ante las cuales la reclusión servía como medida profiláctica para la población. Actuaban, tal como los leprosarios, con el criterio de que lo que podía hacerse sanitariamente, era evitar la propagación.

El panorama sanitario puede complementarse con las medidas tendientes a la limpieza y a la adopción de hábitos de sanidad, con la disponibilidad de medicamentos y vacunas, y con las prácticas que ejercían algunos “profesionales” de la salud que no habían pasado por aula alguna, es decir, los curanderos.

Con respecto a las primeras medidas fueron, desde la formación de la Corporación Municipal, permanentes y muy numerosas. Lo anterior era la ausencia absoluta de normas y en muchos casos, la absoluta inexperiencia de convivir con otros en el mismo ámbito. En efecto, la vida urbana fue para muchos una novedad y el cambio cultural implicó un esfuerzo propio y también municipal. Las ordenanzas van desde la prohibición de tener cerdos –en muchos casos sueltos– (1881), o la de arrojar aguas servidas a la calle (1887), hasta otras más educativas como la de instruir sobre las “condiciones higiénicas del agua para el consumo” (1902), la que se ocupa de determinar las formas de “construcción de sumideros y letrinas” (1902) o las que indican las normas para “elaboración del pan” (1906), para la “matanza de animales para consumo” (1914) o la reglamentación para “fabricar embutidos” (1916), todas ellas con efectos positivos en la mejora de las condiciones sanitarias. En épocas de difusión de enfermedades contagiosas, abundan también las medidas tales como la limpieza de canales y zanjas, la prohibición de retener las aguas, el blanqueo y desinfección de viviendas y letrinas, y, de muy difícil cumplimiento, la obligación de vacunar y vacunarse que generaba normalmente desinterés o resistencia.

Las vacunas eran provistas por lo común por los médicos o el Hospital. Los médicos que se proponían para un trabajo solían hacerlo con el plus de aportar las vacunas y “su botiquín”, tema que en principio no era menor pues la obtención de medicamentos en la región no era cosa sencilla.

Sin embargo, rápidamente se instalaron en el nuevo pueblo quienes proveían de aquellos insumos. Según Azeves,⁷⁰ ya en 1871 se abrió la primera “Botica”, propiedad de Jaime

⁶⁹ Bruno, Abel, *Ayacucho, sesenta leguas al sur. Ayacucho,Pág 56*



Echenique, y cuatro años más tarde, en 1875, Adrán Botana a quien hemos mencionado como médico, abrió la suya más completa. Sin embargo, en 1882 Botana se fue al nuevo pueblo de Benito Juárez –posiblemente a buscar exclusividad- y por entonces ya existe la Farmacia “Universal”, de Isidro Bagnares. En 1886 se fundó la farmacia “Orfila”, con la llegada de su dueño desde Uruguay, titulado como Doctor farmacéutico, que constituye uno de los comercios más antiguos que aún continúa como tal. Hacia 1920 se habían sumado otras dos farmacias que también siguen en actividad aunque con distintos nombres: la farmacia “Zubiaurre” (Hoy Iriarte) y la de Bernardino Pérez (Paglione). Debe tenerse en cuenta que para entonces, la población total del partido no difería demasiado de la que tiene hoy.

¿Qué vendía una botica en los primeros años de la vida de Ayacucho? Evidentemente aquellos negocios no eran lo que son en la actualidad, como tampoco lo era la industria farmacéutica. Los medicamentos se catalogaban en los inventarios de las boticas de acuerdo a la siguiente clasificación: “jarabes; aceites (esenciales y otros); unguentos; emplastos; opiatas, pulpas y conservas; bálsamos y tinturas; espíritus y sales; simples; semillas, raíces, yerbas y flores; gomas y resinas; polvos y preparados; colirios.”⁷¹



Farmacia “Orfila”, a comienzos del siglo XX
Foto gentileza: Museo Histórico Regional de Ayacucho

⁷⁰ Azeves, Angel Héctor, *Ayacucho, surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana...* Op. Cit., pág. 204

⁷¹ García Belsunce, César (Dir), *Buenos Aires, Salud y delito. 1800-1830. Buenos Aires, Emecé, 1977. Pag. 134. Si bien es cierto que esta clasificación se menciona para 1830, es seguro que no hay mucha diferencia entre lo que se manejaba en la ciudad de Buenos Aires en 1830, con lo que llegaba a la Provincia algunas décadas más tarde.*

Entre los medicamentos más usados pueden citarse a la "sal catártica" o "sal inglesa", purgante suave que se recetaba para las tifoideas, disenterías, enfermedades cutáneas y congestiones cerebrales; el "cremor tártaro", cuya acción podía dirigirse sobre las vías urinarias y en algunos casos se le asignaba una acción estimulante sobre el sistema vascular; el tártaro emético se utilizaba como vomitivo y en ocasiones se utilizaba para atender afecciones hepáticas; el opio y la quina entre las sustancias simples, tenían múltiples funciones. El opio puro podía ser suministrado interna o externamente, y era recomendado para "todas las enfermedades en que 'el dolor exalta las propiedades de los nervios",⁷² y su uso se efectuaba sobre "afecciones espasmódicas y convulsivas, tétanos, neurosis, cólicos nerviosos, epilepsias, flujos hemorrágicos y uterinos o afecciones histéricas."⁷³ La quina también era un remedio muy usado contra las fiebres. Es una especie americana y se utilizó no sólo aquí sino también en Europa, donde durante algún tiempo se discutió si sus virtudes deparaban mejores o peores resultados que las sangrías. Para los males venéreos se utilizaba indefectiblemente el mercurio, en distintas preparaciones.

Con respecto a las sangrías, su utilización fue universal pues en cada Hospital había un "sangrador" ó "flebotómo". En Ayacucho, con la inauguración del Hospital, llegó el ofrecimiento generoso de Martín Garbiso para desempeñarse como flebotómo. Sitio destacado ocupaban también las sanguijuelas, utilizadas para el tratamiento de hemorroides, fiebres ardientes y enfermedades causadas por hemorragias, de acuerdo a las recomendaciones del Doctor Juan Madera.⁷⁴

Con respecto a los curanderos, debe decirse que siempre existieron y en un principio, con más razón. Se recuerda en los tiempos iniciales a algunos famosos como Mariano Almeida o Gabriel de Vigo, pero lo cierto es que nunca faltaron. Según Hermenegildo Italiano, Mariano Almeida "fue el curandero más formal, preparado e inteligente que tuvimos; para curar diagnosticaba, recetaba y expendía las drogas y los menjunjes."⁷⁵ En las memorias aparecen muchos otros curanderos, como por ejemplo

⁷² García Belsunce, C., Buenos Aires,... Op. Cit. Pág. 141.

⁷³ Madera, Juan, *Curso inédito de materia médica y terapéutica; Prólogo y compilación de Luciano Abeille*. Buenos Aires, 1941. Pags. 109-110.

⁷⁴ Madera, Juan, *Op. Cit*, pág. 98.

⁷⁵ Italiano, Hermenegildo, "Cuando no teníamos médicos". Ayacucho, *La Verdad*, 1937. *Recuerdos de Antaño*, Capítulo 89.



Doña María Espón, de quien los artículos periodísticos no guardan un buen recuerdo.⁷⁶

RUDA, FARIÑA Y VELAS BENDITAS

En todos los tiempos han existido los tipos audaces prontos siempre a explotar la ingenuidad de los incautos. Esta gente que no tiene por lo general nociones, no diremos de ética profesional, siquiera de cultura, no repara en medios para saciar sus apetitos personales. No se detienen ni ante la vida misma de sus semejantes.

Los curanderos constituyeron antaño para Ayacucho, una de sus perniciosas plagas. Y no es que ello ocurriera por falta de Hospital y médicos auténticos, sino por la audacia de los embaucadores, la simplicidad de mucha gente y la tolerancia criminal de ciertas autoridades.

Recién hoy, tras largo bregar, podemos decir con satisfacción que el ambiente se ha purificado en este sentido.

Recordamos al respecto un hecho que ocurrió entre nosotros a mediados de 1888 y que hemos anotado, posiblemente, por las circunstancias curiosas que lo rodean, más que por las graves consecuencias que pudieron derivar de él.

Se enferma una hija del entonces vecino Don Antonio Arriola. El padre, en lugar de recurrir al facultativo, la hace asistir con la curandera doña María Espón. La "médica" revisa a la niña y da su diagnóstico: padece de un "gran aire parlático".

Receta ipso facto para combatir el mal: "una botella de agua bendita, una vela también bendita, ruda, fariña, tres píldoras negras de fabricación casera y propia, unos polvos color rosa, una caja de pomada, una cruz, etcétera."

La niña empeora y alarma a los familiares. Concorre el Doctor Ezequiel Meira y diagnostica que no existe tal "gran aire parlático" sino una fuerte pulmonía que ha colocado a la niña a un pie de la sepultura.

Trascurren varios días de angustiosa expectativa y por fin el Doctor Meira logra salvar una nueva vida, una nueva víctima de la voracidad y charlatanería humana.

Tomó intervención la policía, se indignaron cuantos conocidos conocieron el hecho y el mundo siguió rondando con curanderas y todo

Hermenegildo Italiano. Recuerdos de Antaño N° 119. Publicado en "La Verdad", el martes 11 de enero de 1938.

⁷⁶ Ver Recuadro *Ruda, fariña y velas benditas*".



Los partos eran atendidos las más de las veces por las “comadres”, obstetras de antaño que resultaban prácticas y eficientes en tanto los nacimientos “vinieran bien”; si se complicaba, por lo general no tenían los conocimientos ni los elementos para resolver la situación. Una excepción la constituye Leontina F. de Artiguéz, partera diplomada que ocupó el cargo de tal en el inicio de la actividad del Hospital Municipal.

Los odontólogos brillaban por su ausencia en los primeros tiempos y los problemas dentarios eran absorbidos por los médicos o, en algunos casos, por osados particulares que se animaban a practicar extracciones en condiciones que distaban mucho de ser aceptables: “Y en el siglo pasado, en ese mismo local tuvimos otro peluquero, Don Ángel Lo Pelito, [...] que se distinguió por su pericia en el arte de sacar muelas, cosa que solía hacer entre barba y barba, o dos cortadas de pelo.”⁷⁷

Más allá de los pintorescos ejemplos de que nos provee Italiano, para hablar de la situación sanitaria de Ayacucho nos hemos encontrado con un documento de valor inestimable en la descripción que de dicha situación realiza a pedido del Municipio el Doctor Ezequiel Meira en 1887. Por el momento de su producción y por ser un intento de retratar integralmente la ciudad desde el punto de vista de las condiciones de salubridad que para vivir existían en ella, creemos que la mejor opción es la transcripción íntegra de su articulado:

“1.

El pueblo de Ayacucho está colocado en una planicie esencialmente baja y húmeda, y atravesado por el arroyo Tandileofú, que además de su cauce, está canalizado en varios puntos, salvando de esta suerte la población de las inundaciones que ponían en riesgo la vida de sus habitantes. Las calles son trazadas a la moderna bastante anchas, y los edificios, salvo raras excepciones, reúnen condiciones higiénicas. Los habitantes, en gran mayoría pertenecen a la clase proletaria, y hay extranjeros, que se dedican al comercio y al cultivo de quintas y chacras.

⁷⁷ Italiano, *Hermenegildo, Sanguijuelas y sacamuelas. Ayacucho, La Voz, 1940. Recuerdos de Antaño* N° 363.





Arroyo Tandileofú. Al final puede divisarse uno de los tantos puentes que comunicaban los dos sectores del pueblo. Principios del siglo XX.

Foto gentileza: Museo Histórico Regional de Ayacucho

2.

El pueblo está colocado entre bosques de álamos y eucaliptos glóbulos que le dan un aspecto pintoresco a la par que agradable.

3.

Las aguas de que hacen uso los habitantes son generalmente de pozo, las que son cargadas de sales y cal; el sistema de letrinas generalmente es antiguo, excavaciones al suelo, que comunican con las aguas del subsuelo y son frecuentes, por lo tanto, las contaminaciones de las aguas de los pozos.

4.

La alimentación en general de la clase proletaria, es la carne, así como el maíz y el trigo, las patatas y las diferentes legumbres, que abundan en las huertas, observando que la carne a la que me refiero y que hace uso la clase proletaria es la de carnero.

5.

Cementerio.

El Cementerio se encuentra relativamente en condiciones

buenas. Los cadáveres son sepultados en pozos de dos metros de profundidad, y el servicio mortuario hace sepulturas a todos los pobres de solemnidad en cajones de madera perfectamente cerrados, y de asa y de zinc los que son sepultados en bóvedas o mausoleos: la situación del cementerio es en el punto más alto del Ejido y la distancia de cerca de media legua de la población.

6.

El Hospital Municipal de este pueblo se encuentra en las mejores condiciones higiénicas, las que son atendidas preferentemente por la Honorable Corporación Municipal, única que paga los gastos del Establecimiento. Situado en un apacible bosque de más de sesenta mil álamos y de jardines que rodean el edificio, es este albergue de la caridad, útil a la par que agradable a la humanidad doliente, no sólo de este partido sino de los limítrofes que para el remiten sus enfermos a quienes jamás se cierra las puertas, sin embargo que ninguno de dichos partidos concurren con un centavo para el sostenimiento de este asilo.⁷⁸

7.

A pesar de la humedad del terreno en que está colocada la población, no es posible encontrar una localidad más sana que el pueblo y partido de Ayacucho. Ninguna enfermedad epidémica o contagiosa ha reinado durante los tres meses últimos, a excepción de la viruela que en el mes de Agosto se propagó en el municipio, pudiendo calcularse el número de atacados en cincuenta o sesenta, de los cuales fallecieron diez en los que la enfermedad tomó el carácter de confluyente.[...] La mortalidad pertenece a todo el Municipio, cuya población es calculada en diez o doce mil habitantes, observando que las enfermedades predominantes en aquel entonces fueran la viruela, la fiebre tifoidea y la angina diftérica, enfermedades estas endémicas en el limítrofe Partido de Tandil, notándose que los fallecidos ó habían permanecido en dicho Partido ó en contacto con personas de él venidas.

8.

La vacunación y revacunación se hace con regularidad, interrumpiéndose su administración solamente cuando no hay virus vacínicus.

⁷⁸ Posiblemente la nota elevada haya surtido efecto en este aspecto pues nos consta que algún tiempo después recibía aportes económicos de otros partidos para la atención de sus enfermos.



9.

Sin embargo de la estación invernal que acaba de fenecer, no ha sido considerable la pérdida de animales lanares, pues que según informes fidedignos, la mortalidad de esas ha sido mayor solamente en los campos muy bajos y anegadizos en los que se desarrolla la epizootía producida por infección cuyos gérmenes son saturados en el agua que beben los animales y que con pasmosa fecundidad llenan los intestinos y órganos abdominales produciendo una muerte cierta a aquellos. A esa clase de enfermedad, el vulgo generalmente da el nombre de “epidemia de lombri-ces”. El carbunco o grano malo rara vez se avanza en este municipio.

Es todo cuanto me ocurre por el momento informar al señor Intendente a quien Dios guarde.

Ayacucho, octubre 8 de 1887.

Ezequiel Meira – Médico de policía comisionado.⁷⁹

Es un informe optimista, sin lugar a dudas. Debe entenderse que la visión de Meira es la de una persona directamente comprometida con la responsabilidad de mejorar las condiciones sanitarias del Partido. Sin embargo, puede percibirse que en la descripción no se aventura a ser positivo con respecto a uno de los mayores inconvenientes por los que la salubridad social tendría que pasar: el agua. El agua del arroyo no es confiable, y la de los pozos, mucho menos por ser permanentemente contaminadas por las aguas servidas de letrinas y resumideros. En la medida que el pueblo creció, el problema se hizo más y más grande, aunque también aparecieron mejores formas de potabilizar el recurso. Con su particular habilidad para narrar, H. Italiano ha dejado una página que nos habla del problema a fines del siglo XIX:

“Las bombas comunes, con sus cilindros y émbolos de que hoy nos servimos para elevar el agua, eran poco menos que desconocidas a principios de este siglo y en nuestro ambiente local. [...] El agua de consumo se extraía de los pozos, que en las

⁷⁹ Informe de Ezequiel Meira al Intendente Municipal sobre el Estado de salubridad de la localidad. 1887 Archivo Histórico Municipal. 178

casas de categoría solían llamar aljibes, nombre que aplicaban por su aspecto exterior, más o menos lujoso pero no porque en realidad estuvieran sus paredes subterráneas revestidas de morteros, ni por poseer cisternillas. Los pozos de los pobres poseían brocal y pilares de ladrillos rústicamente apilados y los de los pudientes con antepechos jaharrados, hallábanse dotados de vistosos armazones de hierro y con cobertura del mismo metal para preservar el agua de las contaminaciones de la atmósfera.

Pozos había entonces en la ciudad como los hallamos hoy en plena campaña y aún en los extramuros, que carecían de brocales no teniendo siquiera un cajón por baranda. En ellos campeaban libremente los insectos y los batracios; extrayendo la gente de tales focos de infección, el agua de consumo a balde y piola, y a fuerza de puños cuando se carecía de rondanas.

[...] Cuando el agua se ponía ostensiblemente turbia, indicio fehaciente era de que su fondo reclamaba una mano de limpieza cuando no una nueva cava. Este trabajo lo realizaban generalmente dos hombres. Desagotado el pozo, uno de ellos bajaba al fondo para llenar el balde de lodo y residuos, que elevaba desde la parte superior su compañero de trabajo.”⁸⁰

Sin embargo, un tiempo más tarde se realiza un informe que nos habla de la positiva evolución en tal aspecto. Se trata del Registro Estadístico conocido como “Prontuario de la Provincia de Buenos Aires”, relevado en 1909, que esto dice sobre el agua de consumo:

“Ahora bien; con respecto a las aguas de la segunda napa existentes en todo este Partido, tanto en la población como en la zona rural, podemos decir que es de excelente calidad, pues de los cuarenta y ocho análisis que hemos practicado, han resultado de mala clase para ser aprovechadas como bebida las provenientes de pozos *mal contruidos*, cuyos defectos ocasionan la contaminación. Las muestras que han correspondido a pozos semisurgentes hechos con esmero, resultaron muy buenas.”⁸¹

⁸⁰ Italiano, Hermenegildo, *La cabeza del español. Ayacucho, La Voz de Ayacucho*, 1938. *Recuerdo de Antaño*, Cap. 198. En el mismo artículo señala Italiano que por una cuestión de altitud del terreno, mientras en Tandil los pozos tenían 15, 20 o más metros de profundidad, los de Ayacucho rondaban los seis metros.

⁸¹ *Provincia de Buenos Aires, Prontuario. Entrega XIX. La Plata, abril de 1909. Págs. 1896-97.*



4. La muerte

La muerte y la vulgaridad son las dos únicas cosas que no tienen explicación en el siglo diecinueve.

Oscar Wilde

La vida por aquel entonces era, en líneas generales, mucho más corta que en la actualidad. A pesar de los médicos e idóneos, los boticarios y otros profesionales, del Hospital y las medidas de aseo, los hombres se enfrentaban con tremendas dificultades para sobrevivir en el medio.

Durante mucho tiempo se ha pensado que la vida en un espacio del interior provincial, antes de la llamada “Conquista del Desierto”, tenía en el enfrentamiento con los naturales el factor de riesgo por excelencia. En el caso de Ayacucho, desde que se instalan las primeras estancias se han registrado incursiones aborígenes, muchas de las cuales terminaron con luctuosos saldos; incluso hay noticias de episodios en la década de 1870-1880, en la zona rural. Se recuerda también su presencia en el propio pueblo cuando de regreso de la batalla de “La Verde”, un grupo numeroso de indios acampó en la propia plaza. (1874).⁸²

Sin embargo, debemos decir que los enfrentamientos entre criollos y aborígenes no son el único riesgo para la vida en la zona, y lejos están de ser el más importante. Más aún, desde la fundación del pueblo no se registra ningún caso en que tales disputas hayan resultado fatales. En los comienzos de la historia los choques son numerosos, y existe memoria de algunos con gran número de víctimas, como la ocupación de la Estancia “Santa María”, de Arroyo, un tiempo después de 1840. Pero bajo ningún concepto puede entenderse como la mayor amenaza a la vida de los pioneros.⁸³ Dicha amenaza se encuentra, fuera de toda discu-

⁸² Del suceso se han ocupado H. Italiano en sus “Recuerdos de Antaño” y también Abel Bruno en artículos periodísticos publicados en el diario “La Verdad”.

⁸³ La relación entre indios y criollos pasó por diferentes etapas de acuerdo a variadas causas y a la vinculación entre los principales caciques y el Gobierno. De todas formas, tal relación dista mucho de la estereotipada visión de guerra permanente, y los estudios recientes nos muestran una frontera con relaciones variadas, rica en intercambios de todo tipo. Tal relación es abordada en el Capítulo 3 de esta obra, o en los textos de Raúl Mandrini o Silvia Ratto citados en la bibliografía del presente capítulo.



sión, en el azote de las enfermedades para las cuales no hay remedio en un medio tan alejado.⁵⁴

De los primeros tiempos, obviamente, no hay datos confiables. Contamos sí con un detallado registro de los fallecidos en el partido luego de 1867, año de la creación de la Vice-Parroquia. Con tales datos, y los del Registro Civil a partir de 1889, hemos construido una serie que abarca los primeros treinta y dos años de vida en Ayacucho. El corte, se ha realizado ex profeso en 1890, por la particular virulencia que algunos males adoptan en ese año. Posteriormente, intentamos una comparación con los últimos años antes de 1930, buscando comprender la evolución de la situación sanitaria. Para tal período, la fuente principal son los libros de defunciones del Registro Civil, en los años 1929 y 1930.

¿Cuánto vivía la gente entre 1869 y 1930?

“Todo tiempo pasado fue mejor”, reza la famosa frase de Jorge Manrique. En ocasiones estamos tentados a coincidir con la afirmación a partir de la nostalgia por hábitos o realidades que ya no están. Sin embargo, a los tiempos debe considerárselos como tales, en su totalidad. La vida en el siglo XIX, e incluso a comienzos del siglo XX, era bien diferente a la actual en muchos aspectos, pero si de todos ellos debe resaltarse alguno, creemos que nada ha cambiado tan favorablemente como la expectativa de vida, en relación con las mejoras de la medicina y la salubridad. Es decir, la vida era fundamentalmente, más corta.

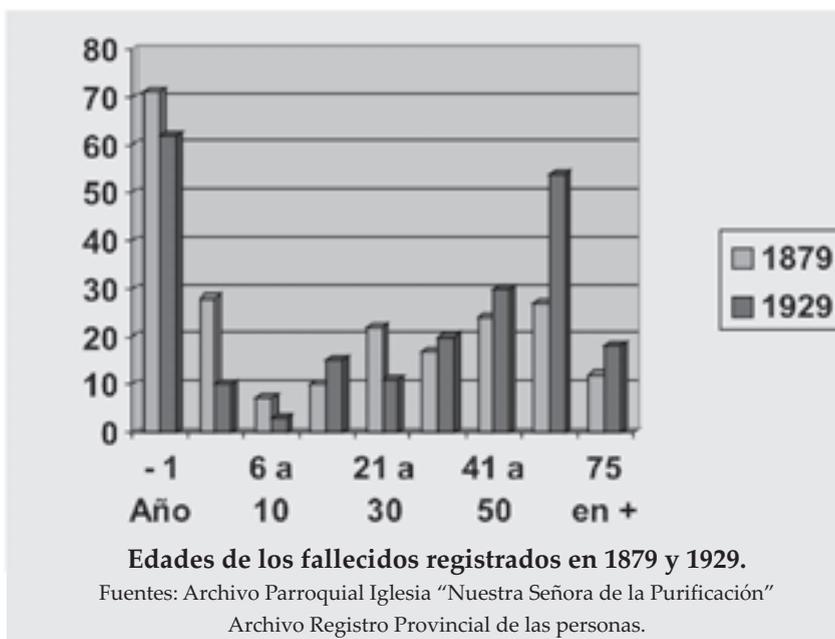
Para comprobar tal afirmación, hemos trabajado con los registros de defunciones de la Parroquia “Nuestra Señora de la Purificación”, para el período 1869-1888, y con el Archivo del Registro Civil a partir de 1889, cuando la información sobre los fallecimientos comienza a volcarse allí, y la Iglesia prácticamente deja de hacerlo o lo hace esporádicamente. Los años 1929 y 1930, utilizados como cierre y con el fin específico de comprobar la evolución en las condiciones, también se trabajaron sobre datos del Registro Civil. Aclarado el origen de las cifras que exponremos, iniciamos la exposición con un cuadro y un gráfico de los que se desprenden algunas observaciones contundentes.

⁵⁴ *Tampoco debe creerse que en la ciudad de Buenos Aires existía solución para todas las enfermedades, pero la existencia de médicos, boticas y hospitales desde la época colonial brindan un marco diferente para la atención de un enfermo, que en la campaña sólo podía confiar en la fortaleza de su cuerpo.*



Año	Promedio de edad de los fallecidos	Promedio de edad sin los que fallecen antes del primer año de vida	Cantidad de casos	Cantidad de fallecidos antes del primer año de vida
1869	29,97	35,24	159	24
1870	26,69	33,20	228	42
1871	26,17	34	148	35
1872	21,87	28,43	237	56
1873	22,35	27,77	259	51
1874	19,77	23,79	311	53
1875	19,34	26,50	210	47
1876	26,35	34,87	231	57
1877	20,08	26,19	187	57
1878	21,47	33,59	199	73
1879	23,85	35,06	221	71
1880	20,40	30,97	102	35
1881	20,74	32,58	197	72
1882	17,59	28,52	189	73
1883	18,73	29,66	226	84
1884	19,47	33,38	150	63
1885	19,34	30,47	95	35
1886	23,66	34,17	168	52
1887	20,91	29,52	239	71
1888	19,27	29,99	216	78
1889	19,65	28,90	180	56
1890	18,49	22,49	465	87

Como puede verse claramente, el promedio de edad de los fallecidos era notoriamente inferior al actual, y aunque suba sustancialmente si realizamos los promedios sin los fallecidos durante el primer año de vida, el resultado general es el de una vida muy corta para la gran mayoría de la población. Existen dificultades para establecer condiciones absolutas, entre otras cosas por la forma en que se relevaban los datos en épocas diferentes. Por ejemplo, a lo largo de los primeros años de actividad del Archivo parroquial, no se consignaban a quienes llegaban sin vida al momento de nacer, dato que si puede encontrarse más tarde y posiblemente sin excepciones desde la fundación del Registro Civil. De todas formas, creemos que el dato relativo al promedio de edad de los fallecidos es por demás elocuente a la hora de hablar de las condiciones generales de la sociedad. Complementario y tan significativos como él, son los gráficos sobre las franjas etáreas en que se producen los decesos, pues estas nos hablan de los años críticos y de la creciente mejora en la expectativa de vida.



Por demás interesante resulta comparar la situación y su evolución entre 1879 y 1929.

Si se observa en detalle, puede encontrarse como coincidencia una altísima mortalidad, en los primeros doce meses de vida; gran parte de estas muertes eran producidas por procesos infecciosos que hacia 1930 aún no habían logrado combatirse exitosamente. Sin embargo, superado el año de vida aparecen claramente las diferencias producto de los avances científicos y sanitarios. En 1879 la distribución de decesos es bastante homogénea y no muchos llegaban a viejos; la cantidad de casos en la franja de 1 a 5 años sigue siendo muy alta y luego encontramos fallecimientos en todas las edades en forma equilibrada. Era una sociedad en la que la gente podía morir "naturalmente" a cualquier edad. Si la comparamos con los datos de 1929, podremos ver que esta línea, exceptuando las muertes en el primer año de vida, comienza a asimilarse a la actual, concentrando la mayor parte de los decesos en las franjas etareas altas; son escasos los casos hasta los diez años y entre los once y los treinta la mortalidad tiene una íntima relación con la Tuberculosis, que ataca fundamentalmente a gente joven. En resumen, los riesgos de muerte son escasos una vez que se supera el año hasta entrar en la cuarta década de vida.

Por otra parte, resulta también muy valiosa la comparación de las cifras de los primeros veinte años de vida en Ayacucho, con los de final del período (1929-1930), cuando existen condiciones de salubridad sensiblemente mejores que se traslucen en el promedio de edad de los fallecidos, notablemente más alto, y en una variación sustantiva en las edades en que se producen los decesos., como ya hemos podido apreciar. Tal modificación puede atribuirse a lo que los especialistas denominan la transición epidemiológica. “La teoría de la transición epidemiológica pone el acento en el cambio de las causas de muerte. Tasas de mortalidad altas, elevada mortalidad infantil y esperanza de vida al nacer reducida serían la causa del predominio de enfermedades de carácter infectocontagiosas. Un nivel de mortalidad bajo, una mortalidad infantil reducida y una alta esperanza de vida tendrían como consecuencia el predominio de enfermedades degenerativas, producidas, en la mayoría de los casos, en edades más avanzadas.”⁸⁵

PROMEDIO DE EDAD DE LOS FALLECIDOS. AÑOS: 1872, 1889 Y 1929

Año	Promedio de edad de los fallecidos	Promedios de edad de los fallecidos exceptuando los menores de un año
1872	21,87	28,43
1889	19,65	28,90
1929	33,55	45,88

Fuentes: Archivo Parroquial Iglesia “Nuestra Señora de la Purificación”
Archivo Registro Provincial de las personas.

La presencia de enfermedades es, fuera de toda duda, la principal causa de muerte de todo el período. Hay enfrentamientos, hay violencia y hay accidentes, pero ninguna de estas causas puede asimilarse a los estragos que ciertas enfermedades provocan sobre la población. A las enfermedades, podemos dividir las entre aquellas que mantienen una presencia permanente, de acuerdo a las condiciones de vida, y las que azotan esporádicamente al núcleo demográfico en forma de epidemias.

⁸⁵ Carbonetti, Adrián y Celton, Dora, *La transición epidemiológica, en Torrado, Susana (Comp.) Población y bienestar en la Argentina. Buenos Aires, Edhasa, 2007. Tomo 1. Pág. 389.*

COSTUMBRES RELACIONADAS CON LA MUERTE

En el año 2008, el historiador uruguayo José Pedro Barrán publicó un libro titulado “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”. En él se ha abocado a abordar aspectos sociales y relativos a la costumbres, a la sensibilidad y a la intimidad de hombres y mujeres del Uruguay del siglo XIX. Más allá de la localización precisa, las similitudes socio culturales permiten suponer la extensión de hábitos al espacio porteño y pampeano. La fuerte presencia de la Iglesia Católica, su control sobre el acto de registro y sus normativas morales no presentan grandes diferencias entre ambas orillas del Plata.



De acuerdo a este texto, las convicciones religiosas fuertemente asentadas en la población hicieron que la “peor de la muertes” fuera la repentina. “Todas las ‘ventajas’ que la sensibilidad ‘civilizada’ adscribirá a la muerte repentina –indolora e ignorada para el enfermo– no fueron percibidas. Y sí lo fueron sus consecuencias negativas: fallecer sin ‘auxilios espirituales’, [...] y sin dejar arreglados los problemas personales, sin hacer testamento.” (*) La muerte deseada, preconizada por la sociedad y su custodia espiritual, era la que podía preverse. El diálogo sobre la muerte y el deceso tomó durante mucho tiempo, la característica de “público”. El viático era llevado a la casa del enfermo con toda pompa. Según Barrán, “Las campanas plañideras anunciaban la salida del sacerdote de la Iglesia. Este aparecía en el atrio precedido por un monaguillo que agitaba una campanilla anunciando la aproximación de lo que ya era una comitiva pues siempre había público y una archicofradía [...] estaba especializada en su acompañamiento con velas y hachas encendidas. La multitud, muy numerosa si el enfermo era socialmente importante, penetraba luego en su dormitorio o llenaba los zaguanes, patios y aceras, acompañando al sacerdote en sus rezos y cánticos.” (**). No sabemos si en Ayacucho funcionaba exactamente igual, pero sí hemos encontrado numerosas referencias a los “viáticos”, lo que nos permite suponer que más allá de las magnitudes, la práctica sería similar.

Hacer testamento, testar, constituía una obligación social, indistintamente para personas que poseían muchos bienes y para otros que nada tenían. Era dejar “todo en orden”. En las partidas de defunción, queda expresamente especificado el hecho de si el occiso había confeccionado su testamento antes de fallecer.

Las salas de Velatorio son relativamente “nuevas”. No



tienen más de cincuenta o sesenta años en Ayacucho. Pero la costumbre de velar los cuerpos de los fallecidos se pierde en el tiempo. Las casas de familia eran los sitios en que se realizaban, y durante muchos años, los Hoteles dispusieron de una Sala con este expreso fin, atendiendo a las necesidades de la gente de campo que tras velar al muerto deseaba llevarlo al Cementerio. Las costumbres no parecen haber variado demasiado en este aspecto. En el inicio de su obra clásica, "Raucho", Ricardo Güiraldes describe corta pero magistralmente el momento del velorio y su tremendo significado:

"En torno a la muerte: cirios, traperío negro y cadáveres de flores. Descomposiciones lentas, trabajo silenciosamente progresivo, elaboraciones de química fétida en un cuerpo amado. La vida se siente empequeñecida. Todo acalla y las respiraciones en sordina tienen vergüenza de sí mismas. Nada llega de los alrededores; el mundo ha cesado su pulsación de vida." (***)

* Barrán, José Pedro. Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008. Pág. 151

** Barrán, José Pedro. Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008. Pág. 152

*** Güiraldes, Ricardo. Raucho. Buenos Aires, Nuevo Siglo, 1997. Pág. 7.

Los males que mayor daño causan, no varían en general de los que desde mucho tiempo atrás encontramos en el Río de la Plata; estudios realizados para Buenos Aires y su campaña cercana a principios de siglo XIX dan cuenta de ellos y de la comparación puede hacerse la anterior afirmación.

En líneas generales, la zona rural aparece como un espacio con mejores condiciones de salubridad, pues no existe allí el hacinamiento, las napas de agua se encuentran menos contaminadas y el contagio de las enfermedades es, en definitiva, más inusual. Como contrapartida, la presencia del problema no cuenta con los medios para combatirlo de los que sí se puede disponer en el puerto de Buenos Aires.

Tomando el momento inicial de Ayacucho constituido en Partido y con un centro de población, nos encontramos con la presencia de una serie de males que comprometían seriamente las vidas de sus pobladores y desafiaban a los profesionales de la salud. En algunos casos, la aparición se transforma en epidemia y en tales casos el pueblo ingresa en etapas ensombrecidas por la muerte. Otras enfermedades conviven año a año con la gente, dejando también su impronta de muerte. Lo más extraño en esta sociedad, gran contrasentido, es morir de viejo.

Las Epidemias

El médico francés J. Boyer define la epidemia como “una enfermedad que reina con una frecuencia insólita”.⁸⁶ Durante el siglo XIX –y por supuesto en los anteriores- como también en buena parte del siglo XX, la presencia de epidemias ha sido habitual en el mundo. La raíz del problema puede buscarse en muchas causas que van, desde las malas condiciones sanitarias hasta la ausencia de medidas de profilaxis, pero cuando nos alejamos en el tiempo encontrarán su razón fundamental en la ausencia de conocimientos sobre las formas de combatir las enfermedades y, en ocasiones, también sobre los factores de transmisión e incluso sobre la esencia misma del mal. Enfermedades de fácil contagio provocaban episodios agudos de difusión entre la población, a la que se trataba de aislar como único remedio seguro para evitar la propagación.⁸⁷

A pesar del hecho de que muchos hombres y mujeres –fundamentalmente de clase alta- huyeron de Buenos Aires en 1871 durante la epidemia de fiebre amarilla, y algunos de ellos llegaron a Ayacucho, no se registraron casos de la enfermedad en la ciudad. La gran peste que asoló Buenos Aires ante la impotencia de los sanitaristas de la ciudad, encontraba su remedio más seguro en la huida; de tal forma, muchos porteños salieron en busca del aislamiento que brindaba la distancia, y en varios campos de la zona se recibió a miembros de familias destacadas, que normalmente tomaban la decisión de partir luego de algún suceso trágico. Un documento de particular valor es el diario de la señora Sofía Mayol de Quesada,⁸⁸ que atravesó una situación de estas características y explica claramente como se intentaba evitar el contagio:

⁸⁶ Boyer, J., *Précis d'hygiene*. París, Bailliére, 1949, en Harant, Hervé, *Las epidemias*, Op. Cit., pág. 19.

⁸⁷ *Las enfermedades se atribuyeron durante miles de años a causas de lo más diversas, y en gran parte de la historia se suponían como una especie de castigo divino. Ambroise Paré escribió en 1667 acerca de la epidemia de peste que asolaba Francia: “Peste es una enfermedad que proviene de la ira de Dios, tempestuosa, rápida, monstruosa y espantosa, contagiosa, terrible peste salvaje, grave y muy cruel, enemiga del hombre y de varios animales, plantas y árboles”. En Harant, H., Op. Cit, pág 8. Si bien la ciencia había avanzado mucho desde entonces, la causa de las enfermedades seguía en muchos casos siendo un misterio hacia la segunda mitad del siglo XIX.*

⁸⁸ *Mayol de Quesada, Sofía, Apuntes. 1858-1885. Documento familiar no impreso.*



“Para la fiebre amarilla salí con mi abuelita a Flores, dejando a mi padre y hermanos en la ciudad. Terrible desgracia, el 15 de abril de 1871, la espantosa epidemia nos arrebató a nuestro querido padre, el que hacía poco había salvado de una viruela que lo atacó a bordo. [...] El verano de 1871 se enfermó mamita y tuvimos que salir al campo; fuimos a Flores, donde terminamos el año 1871 y empezamos 1872.”⁸⁹

Sin embargo, otras epidemias sí se hicieron presentes en los primeros años de vida de la ciudad. En el verano de 1868, el cólera se presentó en Ayacucho con toda severidad. Ciento treinta y cuatro personas fallecieron por entonces, víctimas de la enfermedad. Si pensamos en la escasa población, que rondaría las ocho mil personas, comprenderemos la gravedad del episodio, pues se registra una tasa de mortalidad por esta sola causa de 16,75 fallecimientos cada mil habitantes.

De la misma forma, la viruela apareció lentamente en la sociedad ayacuchense desde 1870, aunque fuera en casos aislados. Ese año se registran dos muertes por la enfermedad, en las más rústicas condiciones de protección, por lo que podemos suponer sin temor a equivocarnos que los casos no mortales no han sido demasiados. Al año siguiente serán cuatro los fallecidos, y en 1872 se hace presente la primera epidemia con cincuenta y cuatro casos mortales. En 1873 disminuye la mortalidad y el contagio producto de un gran número de medidas precautorias, pero en 1874 el flagelo retorna con la segunda epidemia, ahora ya con dimensiones tremendas: ciento veintitrés casos mortales. Si tomamos como parámetro el informe de Meira que incluimos con anterioridad, aún siendo de una época posterior (1887) que supone mejores condiciones sanitarias, y vemos que diez son los fallecidos por la viruela sobre “cincuenta o sesenta casos”, podemos tomar como valor aproximado de referencia una mortalidad variólica de entre el 16 al 20 % sobre los enfermos. En tales condiciones, para llegar a la cifra de defunciones de 1874 deberían haber existido unos seiscientos casos que componen una gran parte de la población.

⁸⁹ *Sofía Mayol de Quesada se trasladó un tiempo más tarde a Ayacucho, concretamente a su Estancia “La Elvira” donde vivió muchos años junto a su marido Bernabé Quesada, luego que la epidemia diezmará a su familia, pues su madre murió y poco más tarde fallecieron los abuelos.*

Las medidas de aislamiento y vacunación⁹⁰ logran controlar la expansión pero no hacen desaparecer la enfermedad. En los quince años siguientes continuaron los casos mortales de viruela de acuerdo a la siguiente estadística:

Año	1875	76	77	78	79	80	81	82	83	84	85	86	87	88	89
Casos	43	8	3	1	-	2	22	6	12	-	1	9	8	-	-

Casos mortales de Viruela (1875 - 1889)

Fuente: Archivo parroquial de Ayacucho. Libros de defunciones 1875-1888
 Archivo Registro Provincial de las Personas. Libros de defunciones. 1889

Como se ve, la tendencia parecía indicar la paulatina desaparición de la viruela. Cabe aclarar que a diferencia de otras enfermedades, existía ya una vacuna antivariólica aunque su aplicación no resultaba sencilla. Dicho remedio preventivo lleva el nombre de vacuna “por haber descubierto Jenner que las pústulas en el ganado vacuno –de una enfermedad conocida como cow-pox- inmunizaban contra la viruela”⁹¹ Desde 1805



Vacunación masiva. Fines del siglo XIX

⁹⁰ Según R. Prestigiácomo y F. Ucello –ver Bibliografía- fue Miguel O’Gorman, médico de la Corte de España que había estudiado en Londres las bondades de la vacunación antivariólica, quien se instaló en Buenos Aires y comenzó con la práctica de la vacunación entre los habitantes.

⁹¹ García Belsunce, C., Buenos Aires,... Op. Cit. Pág. 145. La enfermedad conocida como Cow Pox no es otra cosa que una viruela vacuna



existe vacunación en el Río de la Plata, aunque su aplicación no haya implicado el control de la enfermedad, que periódicamente afectaba a distintas regiones. La poca información al respecto, el temor a los efectos de la vacunación, la negativa de una gran parte de la población a aplicarse la dosis y en fin, la carencia de una política constante de parte del Estado en la vacunación, hicieron que la viruela no desapareciera y que sus consecuencias fueran realmente muy graves. En algunos períodos en que el Gobierno se ocupó de conminar a la vacunación, los resultados fueron muy buenos.

En Ayacucho se sumaba a estas condiciones la de la disponibilidad o no de la vacuna. En 1890, luego de años de tranquilidad casi absoluta, la viruela llegó nuevamente pero potenciada. Evidentemente, los años buenos relajaron la tensión y la vacunación no funcionó debidamente. El 28 de enero falleció un enfermo de viruela, procedente de Tandil; un nuevo caso mortal llegó un mes más tarde desde el Cuartel IX, y un tercero vino desde el Cuartel VI el 12 de marzo. A partir de abril se desencadenó la tragedia. Ya a fines de mes, el médico municipal Dr. José García hizo designar a la quinta N^o 44 para las funciones de Lazareto. La quinta se encontraba entre las actuales calles Moreno, 1^o de mayo, Arenales y Dindart, e inicialmente se trató de una vivienda muy sencilla en la cual recluir a los enfermos, como ya hemos dicho. Fueron en total, y a pesar de todos los avances, de los médicos que ya no escaseaban, del Lazareto y del Hospital, noventa y uno los casos fatales.

Es complejo determinar la medida a partir de la cual podemos hablar de epidemia. A pesar de ello, algunas enfermedades deben haberse acercado mucho a ese punto en distintos años, como el tifus en 1888, o la difteria en 1889, con más de diez casos mortales en cada año, y fundamentalmente la escarlatina en 1890 con un registro de más de cuarenta casos fatales.



Causas de los decesos

Al analizar la totalidad de los fallecimientos hasta 1890, nos encontramos con una gran cantidad de males que provocan la muerte; para su mejor comprensión, realizamos este cuadro de referencia habiendo agrupado las causas de acuerdo al origen:

Causa	Cant. de casos
Menores de un año. (mal de los siete días -Infecciones fallecidos al nacer -Tétano -Edampsia -otras causas)	900
Enfermedades del sistema digestivo (Gastritis gastroenteritis -Diarreas)	180
Enfermedades del aparato respiratorio (Pulmonía Neumonía -Group -Pasma -Asma -Tos convulsa -otras.)	463
Tuberculosis -Tisis	226
Problemas cardiovasculares (Infartos -Paros cardíacos Muertes repentinas)	191
Enfermedades cerebrales o del sistema nervioso	171
Enfermedades hepáticas	48
Infecciones (Cólera -Viruela -Sarampión -Escarlatina Difteria -Tifus / Tifoideas -otras).	551
Vejez / Senectud	149
Accidentes (Caídas -Quemaduras -Ahogados Traumatismos -Otros)	137
Muertes videntas (Heridas de arma de fuego -Heridas de arma blanca - otras).	165
Alcoholismo	20
Sobrepartos	73
Suicidios	9
Causa desconocida	175



Más allá de las estadísticas, lo interesante de las cifras es lo que dicen acerca de la sociedad en la que ocurrieron. Muchas son las cosas que sugieren estos datos. En principio, para tomar un primer contacto con la realidad a la que nos aproximamos, valga decir que en el primer Ayacucho es más común morir asesinado que morir de viejo.

De todas las etapas de la vida, el primer año era el más difícil de superar. Una serie de causas hacían que esto fuera así, empezando por las malas condiciones en las que por lo general se producen los partos. Durante los primeros años, tales circunstancias ocurrían en los hogares las más de las veces, en condiciones que variaban en cada casa. Una comadre asistía el parto y cortaba el cordón umbilical con elementos no siempre debidamente esterilizados; aquí aparece el primer gran obstáculo para la vida, pues, de generarse una infección, es habitualmente mortal. Entre las causas de muerte se destacan en los bebés, el "mal de los siete días", o "tétano infantil, o "eclampsia", y lo habitual es que de existir una infección, raramente el niño supere el mes de vida.

La inexistencia de antibióticos y la debilidad del sistema inmunológico del recién nacido conducen a un final trágico y repetido. Baste con decir que para éste período inicial, sobre un total de 4.959 defunciones registradas, 900 de ellas se producen antes del primer año de vida, equivaliendo esta cifra a más del 18 % de los casos. En relación al total de nacimientos, que para el mismo período fueron 12.214, el porcentaje es del 7,37 %, o sea que de cada cien nacimientos, 7,37 no superan el mes de vida.

En ocasiones, también la vida de la parturienta se ve afectada producto de infecciones, complicaciones y tratamientos de escasa solidez científica, como la recomendación de ingerir vino inmediatamente después de dar a luz con el fin de quitarse el frío.⁹² Puede apreciarse en el cuadro el registro de 73 casos mortales, que posiblemente fueran muchos más pues muchas veces la causa declarada es la fiebre o una infección, que en algunos casos puede haber comenzado como producto del parto.

Las diversas enfermedades del aparato respiratorio resultan otra repetida causa de defunción, con una temporalidad crítica durante los meses más fríos. Hay que pensar que hablamos durante este período de una población eminentemente rural, que

⁹² García Belsunce, César, Buenos Aires...*Op.Cit.* pág. 125.



trabaja durante el día a la intemperie, con buen o mal tiempo. No es difícil relacionar el frío invernal, las mojaduras y la acción de los vientos gélidos, con los problemas respiratorios que, una vez declarados resultaban en muchos casos incurables. Vuelva a pensarse en la inexistencia de antibióticos, la escasez de médicos y las malas condiciones sanitarias generales.

La tuberculosis o tisis, producida por el bacilo de Koch, resulta una enfermedad siempre presente y con un final habitual. Si bien no se produjeron grandes epidemias de tuberculosis, cada año encontramos casos de fallecimientos por ella. Es una particularidad de la enfermedad la de afectar a personas jóvenes y muy jóvenes, produciéndose la mayoría de los casos entre los doce y los treinta años de vida. Para evitar la propagación, se utilizó en muchas ocasiones la internación en pabellones especializados, como el que funcionó en el Hospital de la ciudad de Coronel Vidal desde 1903.

Los suicidios fueron escasos, aunque es probable que la condena religiosa hacia la acción de quitarse la vida haya modificado muchas declaraciones, y encontremos otros casos entre los denominados "accidentes". No obstante, no parece ser una práctica demasiado habitual.

Con respecto a las muertes violentas y a las relacionadas con accidentes, nos hablan de una sociedad de características particulares, rústica, ruda, violenta, sumaria.

Entre los accidentes, aparecen con frecuencia los relacionados de alguna forma con los medios de locomoción, como pueden ser las caídas del caballo, los accidentes en carruajes de diversas características, las patadas de caballo, etc. Los traumatismos como "causa mortis" se repiten, aunque nunca se especifica la índole de los golpes, por lo que pueden tratarse de un accidente de trabajo como también de una acción de pelea. Otro siniestro común que culminaba trágicamente en ocasiones, eran los incendios; hay que recordar que la rusticidad de muchas viviendas, y lo combustible de sus materiales (los techos de paja, por ejemplo), debían convivir con el fuego de los fogones, los braseros o las cocinas económicas, por lo que a nadie puede extrañar la habitualidad de los incendios.

Un capítulo aparte surge de las muertes violentas, designación con la que se alude específicamente a aquellas que se producen con armas blancas o de fuego. Como hemos dicho,



encontramos más casos de asesinatos que de muertes por vejez. Ciento sesenta y cinco casos asentados en la Iglesia, durante quince años, hacen un promedio de once casos anuales...declarados.

La poca presencia de la autoridad, la habitualidad de la portación de armas, el desconocimiento de algunas normas y leyes básicas de convivencia, y la supervivencia de costumbres fuertemente arraigadas en el ámbito rural, son algunas de las causas que pueden mencionarse como factores de tales cifras, que creemos, están además muy por debajo de las reales. A todos estos factores debe agregarse la presencia de los inmigrantes, y la competencia que necesariamente generaron en el mercado laboral, la diversidad de hábitos y, en muchos casos muy posiblemente las dificultades para comunicarse que se generaron entre nativos y foráneos.

Los fríos números parecen indicar inequívocamente que una fracción muy importante de esa violencia estaba destinada para los inmigrantes, contrastando con la idea tanto tiempo sostenida de un feliz "Crisol de razas". Como ya hemos dicho, los extranjeros representaban el 14 % de la población en 1869, el 33 % en 1881, y el 26 % en 1895; sin embargo, resulta de los archivos consultados que 80 de los 165 casos de asesinato se han perpetrado contra extranjeros, es decir, un porcentaje muy cercano al 50 %. Si a esto le sumamos que en las disputas entre nativos y migrantes, las víctimas tienen que haber sido en algunos casos los argentinos, podemos colegir que un foráneo ha participado en la mayoría de los casos de muerte violenta, exitosa o fatalmente. No debe perderse de vista que la mayor parte de los recién llegados eran hombres rústicos, acostumbrados al esfuerzo, vitales y muy posiblemente decididos a todo para conseguir sus objetivos. Esto abona la idea de que la lucha debió haber sido dura, y que entre las muertes violentas de nativos, abundarán los casos en los que el matador haya sido un recién llegado. Por todo esto, creemos que resulta factible afirmar que sentimientos xenófobos debieron poblar aquella sociedad que tradicionalmente se consideró un "Crisol de Razas" ciertamente idílico.

Se puede observar con claridad que a medida que pasan los años, la cantidad de muertes de este tipo disminuye, paralelamente al crecimiento de la presencia del Estado y su conformación más sólida, aunque las muertes violentas siguen siendo numerosas hasta 1930, año en el que finalizamos este estudio. Por otra parte, es interesante resaltar que a pesar de que los españoles constituyeron siempre la mayor parcialidad entre los extranjeros

en Ayacucho, el número de víctimas entre ellos (20) es casi la mitad que entre los italianos (35) y prácticamente igual que la de los franceses (17). Estos números nos llevan a hipotetizar sobre el grado de influencia que pueden haber tenido las dificultades de comunicación en estos primeros tiempos; la suma total de italianos y franceses es superior en aproximadamente un 20 % a la de españoles para todo el período, pero la suma de fallecidos violentamente de ambas nacionalidades se acerca a triplicar a la de los españoles. Distintas pautas culturales pueden haber actuado, pero nótese que entre los franceses (en su mayoría vascos) tales pautas no son muy diferentes a las de los vascos españoles y, sin embargo, el porcentaje de muertos violentamente es mucho mayor. Resulta inevitable suponer que las diferencias idiomáticas pueden haber resultado un agravante para una relación que ya era en muchos casos complicada.



La portación de armas era absolutamente habitual entre la población de la región. Sin dudas, esta costumbre favoreció la repetición de hechos de sangre.

Dibujo de E. Marengo.



DE ALGO HAY QUE MORIR...

Trabajando con los registros de Defunciones del Partido de Ayacucho, correspondientes a los años que van entre 1869 y 1930, nos hemos encontrado con muchos casos que nos llamaron la atención y resultan dignos de dejar constancia de ellos.

En primer lugar, el lenguaje utilizado para describir las causas de las defunciones puede ser muy particular; existen casos en los que se impone la impronta de la Iglesia que, como hemos dicho, era la Institución responsable de llevar dicho registro combinando en la descripción razones físicas con otra morales. Así, puede aparecer como causa mortis el “pecado de suicidio”.

En otras ocasiones, un mal es referido como la causa del deceso pues es claramente visible: la “demencia”, evidente en ocasiones, puede ser incontrastable aunque difícilmente resulte causante de muerte, al igual que otros pintorescos diagnósticos como “una monomanía aguda”, o “un ataque de manía”.

En algunas oportunidades, el parte encubre cierto desconocimiento y se limita a mencionar los síntomas o manifestaciones externas, y con seguridad también las descripciones de familiares. Así, morir “de costado”, “por un vómito de sangre” o por una “carie de cráneo” es factible para los escribientes de la Parroquia. El desconocimiento parece aún mayor en otras ocasiones, y es habitual encontrarse con un diagnóstico de “muerte natural”, aún en gente muy joven, cuando posiblemente el documento debiera decir “causa desconocida”. En el mismo tenor encontramos establecidas como causas la “enfermedad interior”, la “hinchazón”, una “dislocación”, la “dentición”, una “lesión orgánica” y hasta un caso de “descomposición alimentaria”, que seguramente debe haber querido significar una intoxicación por consumir alimentos en mal estado, o al menos es lo que creemos.

Contrastando con estos casos, encontramos otros con complejísimo diagnósticos de males poco menos que desconocidos para nosotros en la actualidad, como la “escrofulosis”, la “epitalónica”, la “cauquexia”, la “leuco flemasia general”, la “albuminaria”, un “herpes corrosivo”, la “tebes mesentérica”, la “litiasis biliar” y un “íctus apopléjico”, entre otras extrañas causas muy específicamente descriptas.

Aparecen también casos no muy comunes de enfermedades que resultan características de épocas anteriores, aunque su presencia se extienda en el tiempo y sobreviven en el siglo XX. La “lepra”, el “escorbuto” o el “coqueluche”, por ejemplo, se presentan en ocasiones muy esporádicas, sin que la aparición de algún caso implique una divulgación del mal.

Por último, es común que se indique como causante de un deceso alguna enfermedad que hoy aparece como fácilmente curable o que al menos no conlleva riesgo de muerte. De tal tenor encontramos la “constipación”, la “estrechez”, o el “empacho”, aunque se trata siempre de casos aislados. Entre los motivos no demasiado bien vistos, la “embriaguez” o la “sífilis” cobran algunas víctimas mortales, que seguramente sean más de las declaradas.

En fin, como en todo tiempo, de algo había que morir...



Matrimonios

El matrimonio resulta sin dudas, un momento trascendente en la vida de estas personas que habitaron el primer Ayacucho. Los mismos se registraron inicialmente en la Parroquia, y desde la década de 1880-1890, en el Registro Civil. De tales registros pueden desprenderse una serie de prácticas, costumbres y usos de la época, y también podremos intentar ver la forma en que las mismas variaron hasta 1930. Para tal fin hemos construido una serie con la totalidad de los casamientos de los últimos dos años de cada década, a lo largo de cincuenta años. En algunos casos, los datos obtenidos incluyen también los de los padres, con lo cual la base se amplía considerablemente.



Matrimonio Jaramillo - Tapia 1907



El total de actas matrimoniales consultadas es de 796 (setecientas noventa y seis), según el siguiente detalle:

1889-1890: 105

1899-1900: 135

1909-1910: 142

1919-1920: 209

1929-1930: 205

¿Qué pautas de sociabilidad pueden investigarse a partir de las actas matrimoniales? Creemos que son varias las prácticas y costumbres que de ellas se desprenden.

En primer lugar, tratándose de una sociedad cosmopolita, con pobladores de diversos lugares del mundo, aparece una pregunta sobre la forma en que tales comunidades se entremezclan. La tradicional imagen del “Crisol de razas” debería notarse aquí mejor que en ninguna otra parte. ¿Existió esa sociedad desprejuiciada⁹³ que unía a hombres y mujeres de diversos lugares del planeta en forma masiva?

Obviamente, existieron una buena cantidad de matrimonios entre personas con nacionalidades diversas, pero tal conducta aparece como mucho menos común de lo que muchos pensaron alguna vez. Los casamientos entre integrantes de una misma comunidad resultan una amplia mayoría, con un total de 508 que equivalen a casi un 64 % del total. La cifra no resulta demasiado contundente, pero crece enormemente cuando se aprecia que la enorme mayoría de los casos del 36 % restante, que unen a miembros de distintas nacionalidades, se conforman con un extranjero y un argentino que es invariablemente hijo de padres de idéntica nacionalidad que el foráneo, con lo que aún siendo ciudadanos de dos países diferentes, pertenecen en realidad a la misma comunidad en el suelo ayacuchense. Tomando en cuenta estos casos, el 64 % inicial se eleva por encima del 86 %, y las uniones de miembros de diferentes comunidades reales son una minoría notable. Igualmente existieron 109 casos, entre los que se destacan los casamientos de vascos franceses y vascos españoles –en los que el origen diferente pierde importancia por las identidades culturales similares- y los de españoles con argentinos. Por ser una inmigración casi exclusivamente masculina, también es relevante hacer notar que los migrantes del Cercano Oriente –turcos, sirios,

⁹³ En realidad los prejuicios llegan muchas veces desde los propios sitios de origen de los inmigrantes. En el filme *Kaos*, de P. Passolini, un relato denominado *El otro hijo* narra como los padres aconsejaban a sus hijos antes de partir, recomendándoles que no se casen con una extranjera.

libaneses- se casaron con mujeres de origen bien diferente.

Un tema sobre el que es común escuchar generalizaciones basadas en el conocimiento de casos aislados, es el de las edades en que los hombres y mujeres contraían matrimonio por entonces. Es habitual la opinión que afirma que “antes los hombres se casaban más jóvenes”, siendo prácticamente niños. Hemos estudiado el tema sobre una amplia base de casos y tomando en cuenta el paso de los tiempos, entre la década de 1860-1870 y la de 1920-1930, y los resultados pueden deparar alguna sorpresa. Para todas las conclusiones se ha trabajado con la totalidad de los casos de los últimos dos años de cada una de las décadas, incorporando a las antes citadas actas matrimoniales del Registro Civil, las actas de la Parroquia “Nuestra Señora de la Purificación”, de Ayacucho, correspondientes a los dos últimos años de las décadas 1860-1870 y 1870-1880, con lo cual la serie incluye la totalidad del período. Los promedios de edad, década por década, son los siguientes:

Edades de los contrayentes (1869 - 1930: últimos dos años de cada década)

Año	Varones	Mujeres	Cantidad de casos
1869	32,4	24,6	80
1870	32	23,2	55
1879	29,9	22,3	89
1880	28,5	22	91
1889	31,2	23,7	37
1890	30,7	23,2	62
1899	29,6	24,1	69
1900	30,9	24,1	66
1909	29	23,8	73
1910	29,2	23,4	61
1919	30,9	24	116
1920	29,4	23,3	92
1929	30,8	24,5	97
1930	30	23,8	104
Promedio general	30,34	23,57	1090

Fuentes: Archivo Parroquial Iglesia Nuestra Señora de la Purificación.
 Archivo Registro Provincial de las Personas



Existe una primera afirmación que puede establecerse; las mujeres llegaban al matrimonio más jóvenes que los hombres, conducta general para todo el período aunque es necesario decir que a lo largo del mismo, en todas las décadas, hay numerosos casos de mujeres mayores que sus parejas, con ocasiones particulares en las que la diferencia de edad supera los diez años en favor de la mujer. Más allá de que no sea la norma, la realidad de mujeres contrayentes mayores que sus parejas ronda en todas las décadas el 10 %, lo que nos habla de un fenómeno relativamente habitual. En el promedio general, los hombres se casan siete años más tarde que las mujeres. Igualmente, el promedio general de edad en que contraen enlace las mujeres es bastante superior al que se halla instalado en el imaginario popular. Hay, por supuesto, casos de mujeres que se casan siendo niñas,⁹⁵ pero la media lleva a una edad superior a los veintitrés años.



Matrimonio
Comienzos del siglo XX

Foto: gentileza Museo Histórico Regional
de Ayacucho



Matrimonio
Laplace - Ayciriex
1905

Foto: gentileza Museo Histórico
Regional de Ayacucho

⁹⁵ *Cipriana Lalanne lo hizo a los trece años, con Arthur Daugeruz, en 1880. Existen otros casos de la misma edad, pero no de mujeres más jóvenes.*

Puede observarse también con relativa habitualidad, a hombres y mujeres que rehacen su vida matrimonial luego de enviudar, fenómeno que tiene sus causas en las difíciles condiciones de la vida y la cantidad de personas que mueren jóvenes. Quizás esto sea un factor que eleva el promedio de edad general, pues abundan los “segundos casamientos”. Son muchos los casos de viudos de ambos sexos que logran encontrar una nueva pareja, a cualquier edad. El caso más notable es quizás el de Martín Astrada, que viudo y padre de cuatro hijos contrajo enlace con Evarista González, también viuda, el 31 de agosto de 1900; tenían 84 y 74 años respectivamente. Otra práctica que se repite con relativa frecuencia, es la de viudos que contraen matrimonio con hermanas o hermanos de sus difuntos esposos. Las dificultades de la vida, la escasa independencia laboral de las mujeres y las tareas rurales que mantenían al hombre fuera de su casa durante buena parte del día, además de los hábitos de una sociedad evidentemente machista, hacían que aquellos que enviudaban teniendo hijos pequeños buscaran una rápida solución, que muchas veces estaba en el mismo entorno familiar. Para los hombres resultaba una necesidad resolver el problema del cuidado de sus hijos, mientras que la mujer debía en muchos casos encontrar quien sustentara económicamente a la familia. Andrés Ibarra se casó en 1930 con Mericia Alvarez, viuda de su hermano Carlos; doce días más tarde, Evaristo Anechhini hace lo propio con Dolores Romairone, viuda de su hermano Ernesto. Cuarenta años antes, Victor Beraldi había contraído enlace con Liberata Cendra, hermana de su esposa fallecida, Martina. Y así podríamos seguir mencionando otros más de diez casos.⁹⁶

En cuanto a las edades generales expresadas en el cuadro, puede notarse una escasa variación en los promedios de edad a lo largo de setenta años, y ellos no demuestran una tendencia uniforme en un sentido, sino variaciones permanentes dentro de una franja etaria que va entre los 28,5 y 32,4 años para los varones, y entre 23,2 y los 24,6 años en las mujeres. Debe tomarse en cuenta además, que las edades máximas se dan en el primer año (1869), en el que con una Parroquia recién instalada, seguramente muchas parejas regularizaron una relación anterior, haciendo subir el promedio de dicho período.

⁹⁶ *Registro Provincial de las Personas. Ayacucho. Libros de actas matrimoniales; Años 1889, 1890, 1899, 1900, 1909, 1910, 1919, 1920, 1929 y 1930.*





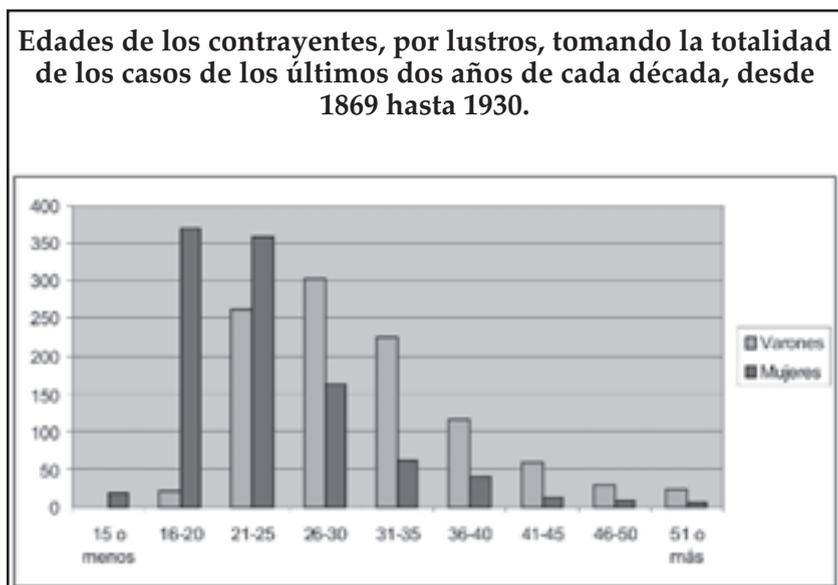
Sólo a los efectos de establecer algún paralelo que permita observar la evolución posterior, diremos por último que los promedios de edad al contraer matrimonio en los últimos años son los siguientes:

	Varones	Mujeres
Año 2006	33,95	30,44
Año 2007	32,13	29,11
General del bienio	33,18	29,88

De estas cifras se desprende que la modificación más relevante en cuanto a los hábitos matrimoniales, en lo que respecta a la edad de los contrayentes, se observa entre las mujeres que han elevado el promedio en más de seis años; los varones, por el contrario, mantienen el promedio de modo que aún luego de ciento cincuenta años, el aumento en el promedio de edad es apenas de un año –a pesar de los cambios y la legalización del divorcio que permite segundas nupcias- resultando la media del 2007 menor a la de 1869.

Sin embargo, sabemos que los promedios no siempre indican una práctica general, sino que en ocasiones son reflejo, de dos o más usos combinados. Por ejemplo, si hubiera muchos casos de gente que se casa joven, y los suficientes en que llega al matrimonio con una edad avanzada (producto por ejemplo de los segundas nupcias), el promedio nos daría una edad en la que muy pocos se casan. Algo de esto puede suceder aquí. Para lograr una correcta exposición aquí, es que incluimos el siguiente gráfico con

los matrimonios de la totalidad del período ubicados en sus franjas etáreas, establecidas por lustros:



Como se ve en el gráfico, a lo largo de todos estos años no encontramos ningún caso de varones casados antes de los 15 años, y sólo en 22 de 1038 casos lo hacen antes de los 20. En cambio, cerca del cuarenta por ciento de las mujeres se encuentran casadas al finalizar su segunda década de vida. No obstante, puede observarse que aquellas que contraen matrimonio antes de los quince años son menos del 2% de los casos.



A modo de conclusión

La evolución de la población en el siglo xx.

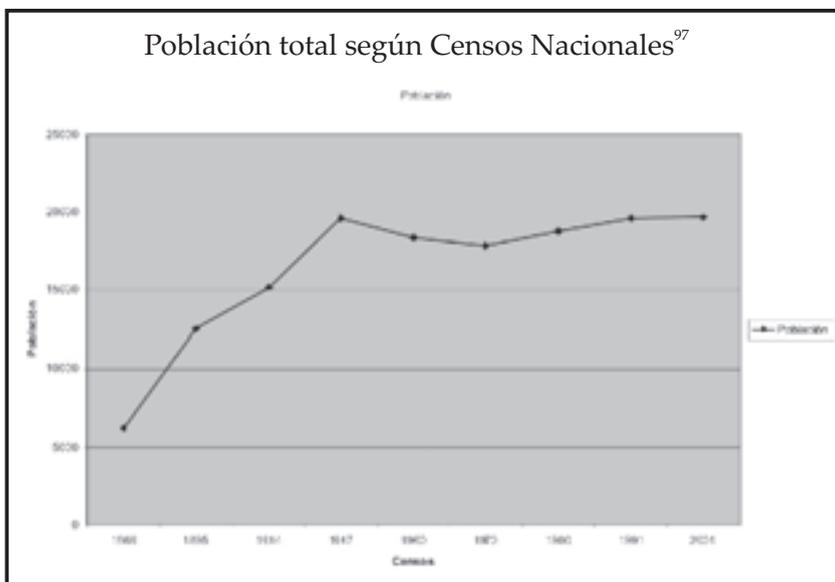
Planteo de una primera aproximación.

Las preguntas son recurrentes: ¿Por qué Ayacucho dejó de crecer? , ¿Cuándo dejó de crecer? De ambas, una es de respuesta sencilla; la otra nos permite aportar nuestra opinión fundamentada, aunque la respuesta debe orientarse a una explicación multi-causal en la que a nuestras razones se sumen otras, o en la que puedan surgir opiniones diferentes desde fundamentos no previstos por este trabajo. De todas formas, intentaremos responder a las cuestiones con la mayor solidez posible.

¿Cuándo dejó Ayacucho de crecer demográficamente?

La respuesta a esta cuestión nos obliga primeramente a hacer una observación sobre las fuentes. Consideramos que para darle seriedad y homogeneidad a la respuesta, lo conveniente es respaldarnos en una fuente básica que permita suponer similares pautas de elaboración. Los Censos Nacionales serán los documentos elegidos, no porque los Censos Provinciales o los relevamientos municipales no sean serios, sino porque distintas técnicas nos llevan a divergencias de las que no es fácil salir, y entre todos, los Censos Nacionales han sido los que nos permiten una visión completa por la continuidad en el tiempo y también por cierta regularidad en su realización. Así, podemos trazar una línea con la evolución de la población sobre los Censos Nacionales de 1869, 1895, 1914, 1947, 1960, 1970, 1980, 1991 y 2001. La propia línea será un comienzo de respuesta a nuestro interrogante:





De este gráfico se desprende a simple vista, que la población de Ayacucho mantuvo un crecimiento estable desde su fundación hasta un punto ubicado entre 1914 y 1947. Entre esas dos fechas se presenta el único interrogante del tema en cuestión. Incluso es posible y hasta factible que cerca de 1930 la población haya superado los 20.000 habitantes por datos que se desprenden de otras fuentes como publicaciones periodísticas o cálculos provinciales, aunque queda poco claro cuál es fundamento de tales fuentes.

Así dadas las cosas, nos inclinamos a pensar que la población mantuvo su ritmo ascendente mientras la economía agropecuaria sostuvo su etapa de crecimiento, etapa que tiene en 1929-1930 un punto de inflexión. Si bien los fenómenos demográficos no siempre se reflejan inmediatamente, todo parece indicar que la gran crisis económica mundial de 1930 dejó su impronta en Ayacucho en muchos aspectos, entre los que se incluye el crecimiento demográfico.

Luego de 1930, la población ingresará en una meseta que llega hasta el presente, aunque es notable el hecho de que tal meseta tiene sus puntos levemente salientes en los extremos,

⁹⁷ *Población Total: Censos 1869-1947*, pág. 30. *Censo 1960: 18.371; Censo 1970: 17.825; Censo 1980: 18.777; Censo 1991: 19.634; Censo 2001: 19.669. Agradecemos datos a la Profesora Teresa Fourquet.*



(1947 y 2001) y que el Censo Nacional de 1970 resulta el punto de máxima caída de la población, con sólo 17.825 habitantes.

¿Por qué dejó Ayacucho de crecer demográficamente?

La búsqueda de explicaciones de este proceso nos lleva a pensar en sus causas. Creemos, sinceramente, que tales causas se relacionan directamente con el mercado laboral y su estancamiento. La caída de la producción, la recesión generalizada, las empresas en bancarota que quedan en manos de Bancos Hipotecarios⁹⁸ que en ocasiones no las explotan ni inmediata ni acertadamente, son causas negativas, aunque en muchos casos transitorias. Los avances tecnológicos, la generalización de la fuerza generada por motores de combustión interna en reemplazo del vapor y la tracción a sangre, la completa generalización del alambrado y la mejoría en las comunicaciones pueden ubicarse entre los factores que producto del avance de la técnica hicieron retroceder las necesidades de mano de obra. En definitiva, por una u otra causa, lo cierto es que el campo detuvo su tendencia de casi un siglo de incorporación de mano de obra progresiva. En el mejor de los casos, puede percibirse una detención que con el tiempo se transformará en retracción. Este proceso no es exclusivo de Ayacucho, sino de todos los Partidos fundamentalmente ganaderos en la medida que nuevas fuentes laborales no complementan a las tradicionales.

Junto a la detención del crecimiento, se produce también otro proceso que es el de creciente urbanización, como consecuencia de muchas de las causas antes mencionadas. La inexistencia de demanda laboral en el campo produce un crecimiento al menos relativo de la población urbana, y el comienzo del gran protagonista de la falta de crecimiento demográfico de los Partidos como Ayacucho: la migración interna. Algunos centros que ofrecen mayores posibilidades atraen a quienes no consiguen insertarse en el mercado laboral a lo largo de casi ocho décadas del siglo XX. El caso de Ayacucho es similar al de otros Partidos vecinos como Maipú, Guido y Rauch, entre otros; por el contrario, además de la atracción general que genera Buenos Aires y su conurbano, que

⁹⁸ La cantidad de hectáreas hipotecadas en la década de 1930-1940 resulta muy importante debido a la crisis y al endeudamiento de muchos productores con los Bancos.

desde 1930 creció sin pausa hasta superar en población al resto de la Provincia, la región sudeste y particularmente Ayacucho tuvo dos centros de atracción permanentes en los Partidos de General Pueyrredón y Tandil. Las cifras son elocuentes:

Año	Ayacucho	Tandil	Gral. Pueyrredón	Gran Buenos Aires	Capital	Resto de la Provincia ⁹⁹
1914	15.188			458.217	1.575.814	1.608.731
1947	19.621	56.603	123.811	1.741.338	2.981.043	2.532.536
1960	18.371	69.005	224.824	3.772.411	2.966.634	2.993.697
1970	17.825	76.933	317.444	5.380.447	2.972.453	3.394.082
1980	18.777	91.873	434.160	6.843.201	2.922.829	3.922.829
1991	19.634	101.228	532.845	7.952.624	2.965.403	4.642.350
2001	19.669	108.109	564.056	8.648.437	2.776.138	5.142.766

Son muchas las apreciaciones posibles a partir de estas cifras. Las principales de ellas surgen en relación a los fenómenos anticipados, tales como la concentración progresiva de algunos centros sobre la población más homogéneamente distribuida de comienzos de siglo XX, y un notable proceso de urbanización que claramente se acentúa a partir de 1930 y que se enmarca en una tendencia mundial. Hasta 1914 existía una Capital Federal muy poblada, y una Provincia en la cual la población se distribuía en forma homogénea, debido fundamentalmente a la existencia de ciudades pequeñas y una enorme proporción de los habitantes establecidos en la zona rural. A partir de entonces, la tendencia cambia definitivamente: la ciudad de Buenos Aires detiene literalmente su crecimiento demográfico al punto de contar en el Censo del 2001 con menor cantidad de habitantes que en 1947. Para evaluar debidamente la magnitud de dicho proceso, es bueno tener en cuenta que en el período que va entre 1914 y 1947 había duplicado su población. Como ejemplo contrastante, el Gran Buenos Aires será La Meca de los migrantes de las provincias, incluidos los de Buenos Aires. En 1914 su población era la tercera parte de la Capital, y en el Censo 2001 la triplica. El resto de la Provincia no detiene su crecimiento pero su evolución demográfica es estable y desde más que triplicar al Gran Buenos Aires en 1914 pasó a poseer poco más de la mitad de los pobladores de esa zona en 2001.

Bajo este fenómeno general que enmarca a la historia local,

⁹⁹ La población de la columna "Resto de la Provincia" determina la diferencia entre la población total de la Provincia de Buenos Aires, y el Gran Buenos Aires.



los sucesivos gobiernos que manejaron la Intendencia Municipal no encontraron –o no formaba parte de su proyecto– una política de atracción de empresas que generaran fuentes laborales alternativas, tales como las que podía generar alguna actividad industrial en la medida que tal proceso hubiera permitido detener el gran éxodo. Algunos emprendimientos particulares o asociativos¹⁰⁰ generaron respuestas parciales más o menos duraderas, pero de ninguna forma alcanzaron para sostener un crecimiento demográfico que siguió encontrando respuestas en la búsqueda de nuevos horizontes.

Durante mucho tiempo se encontró las razones de esta falta de radicación de empresas industriales en el perfil ruralista-antiindustrial de los gobiernos radicales que manejaron la comuna durante la mayor parte del período 1914-1987. Sin embargo, la llegada estable del Justicialismo desde 1987 hasta el presente, no ha modificado la tendencia, e incluso se ha apreciado en el período una decadencia del ya modesto sector industrial. El crecimiento del sector estatal¹⁰¹ ha resultado el paliativo más relevante a la escasa demanda laboral en este último tiempo, aunque pareciera que se encuentra al límite de sus posibilidades e incluso superándolas, para muchos. En la perspectiva futura, pareciera que sólo una eventual transformación en la producción agro-ganadera que requiriera mayor cantidad de mano de obra,¹⁰² o una política seria y programada de atracción de pequeñas y medianas empresas¹⁰³ pueden modificar la tendencia al estancamiento.

Como causas concomitantes, el extraordinario crecimiento de Mar del Plata y el más reciente de Tandil, han obrado activamente en la atracción de pobladores originarios de Ayacucho. En algún momento de la década de 1980-1990, circuló un cálculo que determinaba la presencia de alrededor de veinte mil habitantes entre ayacuchenses y descendientes de ayacuchenses en Mar del Plata, aunque no nos consta que sea un cálculo fidedigno. De igual forma, la cifra es muy significativa y no consideramos a

¹⁰⁰ Tales los casos de Baterías "Mateo", Frigorífico "Troncomar" o Frigorífico "El Ternero", entre algunos otros de menor relevancia.

¹⁰¹ Incluido en él la distribución de planes sociales con distinta denominación.

¹⁰² La tendencia a la agricultura en manos de "Pooles de siembra" y el arrendamiento de tierras para esos fines, no hacen augurar por estos años que tal modificación vaya a producirse.

¹⁰³ Tampoco en ese sentido la realidad nos permite un optimismo pleno; el parque industrial es un pretencioso nombre de una realidad muy modesta, y la perspectiva de las Empresas establecidas no genera expectativas demasiado pretenciosas, con la posible excepción de Baterías "Mateo".

priori que sea descabellada. Aunque fuera algo menor, es verdaderamente relevante. En el caso de Tandil, la radicación del Parque Industrial en la década 1960-1970 con el auge de la actividad metalúrgica, y el “boom” de los últimos quince años, han generado sin lugar a dudas una migración enorme. Quizás el tiempo depare una posibilidad de expansión como zona aledaña de Tandil, si ésta mantiene su crecimiento, pero tal apreciación es sólo hipotética.

Por último, es importante resaltar que la estabilización de la población se produce en un marco de urbanización, por lo que la ciudad es cada vez más grande y menos gente vive en el área rural. La construcción de barrios y la expansión de la ciudad pueden dar, si no se toma en cuenta este fenómeno, la idea de un crecimiento sostenido de la población que en la realidad no resulta tal.

El estudio de estos fenómenos, sin embargo, será con seguridad tema de futuros trabajos específicos. Creemos absolutamente en una multiplicidad de causas que han participado en la generación de esta realidad, y tales motivos no han sido el objetivo de este trabajo, por lo que descontamos que esos estudios arrojarán luz en el futuro sobre este tema tan relevante. Por lo pronto, nosotros sólo hemos buscado plantear los interrogantes y marcar algunas tendencias generales, que por otra parte resultan evidentes e incontestables.



BIBLIOGRAFÍA

Academia Nacional de la Historia, Nueva Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires, Planeta, 1999-2001. 10 Tomos.

Ariés, Philippe. Ensayos de la memoria. 1943-1983. Bogotá, Norma, 1996.

Azara, Félix, Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata y otros informes, Buenos Aires, 1943.

Azeves, Ángel Héctor, Ayacucho. Surgimiento y desarrollo de una ciudad pampeana. Buenos Aires, Municipalidad de Ayacucho, 1968.

Azeves, Ángel Héctor. Hermenegildo Italiano, un costumbrista ayacuchense. Buenos Aires, Remitido, 1983.

Banzato, Guillermo. La expansión de la frontera bonaerense. Posesión y propiedad de la tierra en Chascomús, Ranchos y Monte. (1780-1880) Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas, 2005.

Barrán, José Pedro, Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2008.

Barsky, Osvaldo y Djenderedjian, Julio, Historia del capitalismo agrario pampeano. Buenos Aires, UB-Siglo XXI, 2003.

Bond Head, Francis. Los andes y las pampas. Buenos Aires, 1825.

Brackenridge, H. M., Viaje a América del Sur. Buenos Aires, Hyspamérica, 1988.

Brown, Jonathan, Historia socioeconómica de la Argentina. 1776-1860. Buenos Aires, Siglo XXI-Instituto Di Tella, 2002.

Burnet, Macfarlane – White, David, Historia natural de la enfermedad infecciosa. Madrid, Alianza, 1977.

Celton, Dora. La población. Desarrollo y características demográficas, en: **Academia Nacional de la Historia**, Nueva Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires, Planeta, 2000. Tomo 4.

Chiaromonte, José Carlos, Ciudades, provincias y Estados: Orígenes de la Nación Argentina.(1800-1846) Buenos Aires, Ariel, 1997.

Cortés Conde, Roberto, Hispanoamérica: la apertura al comercio mundial. 1850-1930. Buenos Aires, Paidós, 1974.

Devoto, Fernando, La inmigración, en Academia nacional de la Historia, Nueva Historia de la Nación Argentina, Buenos Aires, Planeta, 2000.

Devoto, Fernando y Madero, Marta. (Coord) Historia de la vida privada en la

- Argentina. Pais antiguo. 1. Buenos Aires, Taurus, 1999
- Ebelot, Alfredo, La Pampa. Buenos Aires, Alfer & Vays, 1943.
- Ferns, H.S., Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX. Buenos Aires, Solar, 1984.
- Ferrari, G. y Gallo, E., La Argentina del ochenta al Centenario, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- Fradkin, Raúl y Garavaglia, Juan Carlos, En busca de un tiempo perdido. Buenos Aires, Prometeo/3010, 2004.
- Garavaglia, Juan Carlos, Economía, sociedad y regiones. Buenos Aires, De la Flor, 1987.
- Garavaglia, Juan Carlos, Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830. Buenos Aires, De la Flor, 1999.
- Giberti, Horacio. Historia económica de la ganadería argentina. Buenos Aires, Solar, 1986. 7ª Edición.
- González Bernaldo de Quiróz, Pilar, Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862. Buenos Aires, F.C.E., 2007.
- Gorraíz Beloqui, R., Tandil a través de un siglo. Buenos Aires, Matera, 1958.
- Halperín Donghi, Tulio, Historia Argentina. De la revolución de independencia a la Confederación Rosista. Buenos Aires, Paidós, 1980.
- Harant, Hervé, Las epidemias. Barcelona, Oikos Tau, 1971.
- Hora, Roy. Los terratenientes de la pampa Argentina. Una historia social y política, 1860-1945. Buenos Aires, Siglo XXI-Editora Iberoamericana, 2005.
- Infesta, María Elena, La pampa criolla. Usufructo y apropiación de tierras públicas en Buenos Aires, 1820-1850. La Plata, Archivo histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2003.
- Korol, Juan Carlos y Sabato, Hilda, ¿Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina? Buenos Aires, Plus Ultra, 1981.
- Lewis, Colin, Consolidación de la frontera Argentina, en Ferrari, G. y Gallo, E., La Argentina del ochenta al Centenario, Buenos Aires, Sudamericana, 1980.
- López Piñero, José María, La medicina en la historia. Madrid, Salvat, 1981.
- Mallo, Silvia.** La sociedad entre 1810 y 1870, en **Academia Nacional de la Historia**, Nueva Historia de la nación Argentina, Buenos Aires, Planeta, 2000. Tomo 4.
- Mandrini, Raúl J. (Editor), Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX. Buenos Aires, Taurus, 2006.



- Míguez, Eduardo J., *El mundo de Martín Fierro*. Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Mc Cann, William, *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires, Hyspamérica, 1985
- Montoya, Alfredo, *Historia de los saladeros argentinos*. Buenos Aires, Raigal, 1956.
- Pereyra, Liliana, *La muerte en Córdoba*. Córdoba, Alción, 1999.
- Pérgola, Federico, *Historia de la salud social en la Argentina*. Buenos Aires, Editores Argentinos Asociados, 2004.
- Prestigiácomo, Raquel y Ucello, Fabián, *La pequeña aldea. Vida cotidiana en Buenos Aires*. Buenos Aires, Ediciones del Museo Viajero, 2007.
- Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la argentina moderna*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Ratto, Silvia, *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- Sbarra, Noel, *Historia del alambrado en la argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1973.
- Sbarra, Noel, *Historia de las aguadas y el molino*. Buenos Aires, Eudeba, 1973.
- Sesto, Carmen, *La vanguardia ganadera bonaerense, 1856-1900. Historia del capitalismo agrario pampeano, 2*. Dir. Osvaldo Barsky. Buenos Aires, Universidad de Belgrano-Siglo XXI, 2005.
- Spiegelman, Mortimer. *Introducción a la demografía*. México, Fondo de Cultura Económica. 1968.
- Torrado, Susana (Comp.) *Población y bienestar en la Argentina*. Buenos Aires, Edhasa, 2007. 2 Tomos.
- Valencia, Marta. *Tierras públicas. Tierras privadas*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2005.
- Zimmermann, Eduardo**. *La sociedad entre 1870 y 1914*, en: **Academia Nacional de la Historia**, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2000. Tomo 4.
- Zubiaurre, Pablo, *Breve historia de la familia Baudrix en Argentina*, Buenos Aires, Master Digital, 2007.
- Zubiaurre, Pablo, (Dir) *Desde la Tierra. Un aporte a la historia rura ldel Partido de Ayacucho*. Buenos Aires, Grella, 2003.
- Zubiaurre, P. (Coord.) *Historia de Balcarce. I. Los orígenes*. Buenos Aires, Grella, 2006.

Zubiaurre, P. (Coord.) Historia de Balcarce. II. Los trabajos y los días. Buenos Aires, Grella Artes Gráficas, 2007.

FUENTES

IV Censo General de la Nación. Tomo I. Censo de población. Buenos Aires, Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1947.

Archivo de la Palabra. Ayacucho, Biblioteca Pública y Popular Municipal "Manuel

Vilardaga", 57 títulos. 1996-2004.

Archivo parroquial de Ayacucho. Libros de bautismos, 1867-1898

Archivo parroquial de Ayacucho. Libros de matrimonios, 1868-1889

Archivo parroquial de Ayacucho. Libros de defunciones, 1867-1898

Censos Nacionales, años 1960, 1970, 1980, 1991 y 2001, consultados a través del INDEC.

Mayol de Quesada, Sofía, Apuntes. 1858-1885. Documento familiar no impreso.

Primer Censo de la República Argentina. Bajo la dirección de Diego de la Fuente. Buenos Aires, 1869.

Provincia de Buenos Aires. Censo demográfico, agrícola, industrial, comercial. Bajo la administración del Dr. Dardo Rocha. La Plata, 1881.

Provincia de Buenos Aires, Prontuario. Entrega XIX. La Plata, abril de 1909.

Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, 1866.

Registro Estadístico de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, 1888.

Registro Civil de la Provincia de Buenos Aires. Libros de defunciones y matrimonios de los años mencionados en el trabajo.

